

Octubre de 2004

INTRODUCCIÓN

Juan y yo somos compañeros de trabajo y amigos, tenemos 49 y 42 años, respectivamente, también somos dos aficionados a la bicicleta, practicamos el ciclismo en carretera y no somos, por tanto, expertos en Mountain-Bike, de todas formas hay grandes diferencias entre nosotros ya que Juan es un asiduo practicante desde que era un chaval y yo tan solo llevo 4 años practicando el ciclismo con regularidad, por ello nos separa un abismo ya que él tiene una experiencia y un manejo de la bicicleta envidiable además de unas cualidades excelentes para la bici, todo ello unido a la frecuencia de entrenamiento (nunca menos de 7.500 Km. al año, incluso 10.000 Km.) le hacen un compañero inigualable y un listón muy alto a batir en cualquier aventura donde la bicicleta se encuentre incluida.

Hace un año le propuse realizar el Camino de Santiago en bicicleta de montaña, él tenía también inquietud por realizarlo pero no encontraba la ocasión ni el compañero para hacerlo, bastó que se lo planteara una única vez y ya aceptó. Nos lo planteamos como un reto deportivo, el Camino de Santiago es, entre otras muchas cosas, una ruta ciclista reconocida, indicada perfectamente, con importantes obstáculos y dificultades y para nosotros una oportunidad de practicar el deporte que nos gusta al mismo tiempo que vivíamos una bonita aventura asumiendo un reto, el de llegar a Santiago.

Los primeros 8 meses transcurrieron sin otra novedad que no fuera hacer algún comentario sobre esa aventura que parecía lejana y decidir la fecha para llevarla a cabo y que finalmente decidimos que fuera la primera quincena de septiembre.

En el mes de Mayo iniciamos los preparativos de esta aventura, el primer paso de cara a su puesta en marcha fue plantearnos una revisión y puesta a punto de las bicicletas, teníamos dos antiguas bicicletas de montaña, ya digo que nosotros lo que practicamos es el ciclismo de carretera y por tanto nuestras bicicletas usuales no eran estas, la de Juan era una Otero y la mía una BH Dakota, ambas con horquilla fija sin amortiguación delantera. Nos planteamos el hecho de que entre lo que íbamos a gastar en ponerlas en óptimas condiciones para garantizar un rendimiento seguro en el Camino (sustitución de cables, zapatas de frenos, alineación de ruedas, ajustar cambios, etc.) y lo que nos daban por ellas al coger unas nuevas, poniendo algo más podíamos llevar bicis nuevas y con suspensión delantera. Finalmente entregamos nuestras viejas bicis y compramos unas ORBEA Sadaba con grupo Shimano Acera.

Estrenamos las bicis en el mes de Junio y entrenamos con ellas todo el verano, yo concretamente hice 1.500 Km desde Junio hasta el inicio de la aventura en Septiembre.

Conseguimos prestados, a través de otros aficionados a la bici, los portabultos y las mochilas que cuelgan a ambos lados de la rueda trasera, para transportar lo necesario para el viaje. Valoramos varias opciones para viajar hasta Roncesvalles, la furgoneta de alquiler salía muy cara para pagarla entre dos y no impide que luego haya que buscarse la vida para ir de Pamplona a Roncesvalles, por que hay que dejarla en esta ciudad; decidimos entonces ir en el tren TALGO de A Coruña a Pamplona y las bicis enviarlas por mensajería, Halcourier, hasta Roncesvalles y recibirlas allí.

Teníamos dos condicionantes en las fechas, Juan tenía un compromiso vecinal el día 4 de Septiembre y yo una boda el día 17 que me obligaba a estar de regreso ese día. Por ello nos planteamos viajar el día 5, domingo, recibir las bicis en Roncesvalles el día 6 por la mañana, lunes, y partir; con 11 días completos por delante para realizar el Camino esperábamos que fuera suficiente para no perderme la boda.

Una semana antes de la salida sacamos los billetes de tren, ya que estuvimos esperando hasta el último momento por si se nos unía un amigo de Juan que finalmente no pudo venir, nos costaron 38 € IVA incluido, el día 2 de Septiembre colocamos los portabultos a las bicis, desmontamos las ruedas delanteras y los pedales automáticos, las embalamos y metimos en dos cajas que obtuvimos en la tienda donde las habíamos comprado, ciclos Roca, colocamos también dentro los cascos y llamamos a Halcourier para que iniciaran su viaje hacia nuestro futuro reencuentro en Roncesvalles, el día 6, nos cobraron 40 € IVA incluido por cada bici.

El sábado día 4 preparé las mochilas, fue un ejercicio constante de poner y quitar cosas hasta decidir lo que finalmente iba a transportar en el viaje, el peso condiciona mucho y quería llevar lo esencial y lo más ligero posible, el contenido final quedó de la siguiente manera:

- 1 chándal
- 2 polos
- 1 camiseta de hombreras (para dormir en los albergues)
- 1 bañador (para dormir en los albergues)
- 1 par de zapatillas de deporte
- 1 par de botas de ciclista
- 1 par de chanclas (para la ducha)
- 2 Maillots de manga corta
- 1 Maillot de manga larga
- 2 culottes cortos
- 1 gafas de ciclista
- 1 par de guantes cortos
- 1 guía del Camino
- 16 barritas energéticas
- 7 pares de calcetines
- 4 slips
- 1 neceser de aseo con lo imprescindible
- 1 pequeño botiquín
- 8 pilas para la cámara digital
- 1 cargador para el móvil
- 1 navaja
- 1 chubasquero
- 1 par de escaarpines de neopreno
- 1 saco de dormir
- 2 pulpos elásticos para amarrar
- 1 plástico para cubrir las mochilas (si llueve)
- 1 cadena para atar las bicis

La experiencia del Camino me enseñó que debía haber llevado también ½ docena de pinzas, muy útiles para tender la ropa, es necesaria una linterna pero en nuestro caso la llevaba Juan, tapones para los oídos y evitar así los ronquidos en el albergue, troncha-cadenas, unos eslabones de repuesto y un timbre para abrirse paso entre los caminantes, yo tuve que hacerlo siempre a viva voz.

La noche anterior a la salida fue muy difícil conciliar el sueño, la aventura que se avecinaba me tenía la mente muy ocupada y a las 6:00 sonó el despertador sin haber logrado dormir gran cosa, la aventura comenzaba.

El relato que a continuación comienza no pretende ser una guía para realizar el Camino de Santiago, ni un manual de como debe hacerse, es un relato de lo que a nosotros nos pasó durante su desarrollo, de las vivencias que tuvimos y de las cosas que vimos, sin más pretensiones, fue nuestro Camino de Santiago; si ello sirve de consejo o ayuda a cualquier ciclista que se aventure a hacerlo pues nos alegraremos por ello.

*Ignacio Fernández Fernández
Peregrino a Santiago*

DIARIO DEL CAMINO DE SANTIAGO

ETAPA PRÓLOGO 5/9/2004: TRASLADO DE A CORUÑA HASTA RONCESVALLES

Salimos de A Coruña a las 7:10 con destino a Pamplona, nuestras mujeres nos llevaron a la estación y nos despidieron con cierta mezcla de inquietud, por lo que nos pudiera deparar nuestra aventura, tristeza por nuestra marcha y alegría de vernos a nosotros contentos por el inicio del viaje.



Llevábamos como equipaje las mochilas que luego colgarían de ambos lados de nuestras ruedas traseras, el saco de dormir y una bolsa con bocadillos para el viaje, yo llevaba también una bandolera con bolsillos donde llevaba el móvil, la documentación, el dinero, las credenciales de peregrinos de los dos y una cámara de fotos digital.

El viaje fue transcurriendo con lentitud y las horas parecía que no avanzaban, la llegada del amanecer y la visión de una película fueron los primeros entretenimientos en aquellas horas, la llegada a Pamplona estaba prevista para las 17:07, en Astorga subió una señora que estuvo vendiendo hojaldres y mantecadas por el tren hasta que llegamos a León, le compramos una caja de hojaldres para desayunar al día siguiente pero finalmente se convirtieron en las barritas energéticas de los primeros días.

En León subió un médico, miembro de la comisión anti-doping de la UCI, que había participado en los controles médicos y antidopaje que se habían realizado en las previas de la vuelta ciclista a España, que había arrancado el día anterior desde León. Nuestra afición a la bici y su charla hicieron el resto y durante un tiempo nos proporcionó una amena conversación.

Llegamos a Pamplona con cierto retraso, a las 17:20, y en un momento nos encontramos en el exterior de la estación esperando por un taxi. Subir a Roncesvalles tenía un problema, como comenté anteriormente, no pudimos viajar antes por que Juan tenía un compromiso el día 4 y tampoco lo quisimos dilatar por que yo tenía cierta inquietud por que no fueran suficientes 10 días para estar de vuelta (el tiempo demostró lo erróneo de mi planteamiento) y por ello nos trasladamos un domingo. Los domingos es el único día que no hay autobús desde Pamplona a Roncesvalles y teniendo en cuenta que teníamos que dormir en Roncesvalles para poder recibir las bicis por la mañana no nos quedaba otra alternativa que coger un taxi hasta allí.

El taxi nos puso en Roncesvalles en 45 minutos y nos cobró la bonita cantidad de 62 €, pero el vernos allí, en el punto de partida, hizo que pronto olvidáramos ese sablazo ya que ahora si que podíamos decir que la aventura comenzaba de verdad.

Roncesvalles fue una mezcla de sorpresa, desilusión y encanto. Sorpresa por que no tenía nada que ver con lo que me había podido imaginar de esa población, paso fronterizo de los Pirineos hacía España y donde se había librado una gran batalla en la que había perecido el caudillo franco Roland. Desilusión por que imaginaba un pueblo grande, pintoresco y medieval como creía que debía ser el sitio de partida del Camino Francés en España y me encontré en un lugar donde solo había 4 edificios, los hostales "la Posada" y "casa Sabina", la Real Colegiata y el albergue de Peregrinos. Encanto por que a pesar de todo era muy bonito y los parajes que lo rodean de una gran belleza, la Real Colegiata es una construcción magnífica que alberga la oficina de atención al peregrino, un pequeño museo, el albergue juvenil, el antiguo hospital de peregrinos y la basílica de Roncesvalles donde todos los días a las 19:00 se celebra la misa del peregrino para dar la bendición a todos los que al día siguiente comienzan el Camino.

Acudimos primero a la oficina del peregrino, donde entregamos las credenciales y nos pusieron el primer sello de nuestra colección de cromos, así fue como bautizamos los sellos ya

que las casillas de la credencial donde había que ponerlos parecía un álbum de cromos. Después de pagar 5 € cada uno nos entregaron un pase para el albergue y nos dirigimos hasta allí.

A la entrada del albergue nos recibió la hospitalera, que para sorpresa nuestra era holandesa, nos explicó las normas y a continuación tras entregar el pase que nos daba derecho a una cama nos dispusimos a buscar una para la noche. Escogimos las dos camas de arriba de dos literas que estaban juntas, al fondo del albergue, ya que a esas horas ya estaban ocupadas la mayoría de las camas y normalmente las primeras en ocuparse eran las camas bajas, todo estaba lleno de mochilas que se amontonaban por todos los pasillos y rincones y muchas camas ya tenían los sacos de dormir encima, en muchas de las camas había peregrinos tumbados o sentados, descansando o durmiendo, leyendo o charlando, en definitiva había mucha actividad pero lo sorprendente era que no había barullo y que nada parecía interrumpir la tranquilidad del lugar, en el interior se hablan todos los idiomas y la presencia extranjera se hace notar.

El albergue era una maravilla, una nave de piedra con unos arcos que sostenían un maravilloso artesonado de madera que hacía de techo de la gran nave, a una considerable altura, y del que colgaban unos aros, pendientes de unas cadenas, donde se encontraban las luces que iluminaban la estancia, las literas se distribuían en cuatro filas, dos centrales y dos laterales, pegadas a las paredes, con unos pasillos entre ellas para desplazarse por la nave.

Los aseos se encontraban en un extremo de la estancia, bajando por unas escaleras, y primeramente se encontraba una estancia donde había una gran mesa y sillas para poder escribir, leer o simplemente charlar con otros peregrinos, también se encontraba allí la lavadora y la secadora de ropa. A continuación estaban los aseos que eran un prodigio de limpieza para la gran cantidad de peregrinos que allí había y que lo utilizaban, unos 100 aproximadamente.



Después de dejar nuestras cosas encima de las camas y colocar los sacos de dormir ya estirados en ellas, era la señal en todos los albergues de encontrarse ya ocupada esa cama, salimos a dar una vuelta.

Como se aproximaban las 19:00 y allí no había otra cosa mejor que hacer decidimos ir a la misa del peregrino para cumplir con cada uno de los rituales que acompaña la realización del Camino.

La entrada en la capilla de la Real Colegiata es espectacular y emotiva, es una capilla con capacidad para unas 100 personas y que se llenó por completo, la altura de sus dos naves laterales sujetas por columnas y capiteles de una belleza austera, sus bóvedas y la presencia de una imagen de Santa Maria de Roncesvalles presidiendo la nave central bajo un palio de piedra sujeto por cuatro columnas de piedra y flanqueada de dos arcángeles es impresionante.

Aunque no soy creyente, y creo que Juan tampoco lo es, no puedo evitar sentir emoción al ver el fervor con el que muchos peregrinos se preparan para oír el oficio religioso dedicado a ellos.

Hay americanos, belgas, alemanes, brasileños, franceses, ingleses, españoles y un largo etc. de nacionalidades.

La misa se desarrolla con normalidad acompañada por el órgano y los coros de la colegiata que le dan un tono de profunda religiosidad, para emoción de los que sean creyentes.

Al finalizar la misa el párroco llama a todos los peregrinos, que parten al día siguiente, para que se sitúen de pie delante del altar mayor, acudimos todos y en varios idiomas pronuncia las solemnes palabras para solicitar suerte para todos en nuestro transito a Santiago, en ese momento, mientras se produce la bendición, se apagan las luces en la capilla y solo queda visible la imagen de la virgen, en una penumbra provocada por una luz que la enfoca y mientras suena el órgano y el coro miro alrededor y veo a muchos peregrinos llorando o embargados de la emoción, es un momento muy intenso en carga emotiva.

Terminado el oficio religioso salimos a dar un paseo para ver donde comienza el Camino, de cara a la salida el día siguiente, solo hay que descender 100 metros por la carretera en dirección a Burguete y ya se encuentra el indicador que te saca de la misma, la vieira y la flecha amarilla, y te mete en un sendero de tierra que se desplaza paralelo a ella, después de comer un bocadillo sentados en un banco junto a la carretera, volvemos al albergue.



Después de asearnos y mudarnos nos disponemos a dormir, a las 22:00 cierran el albergue y apagan las luces, es impresionante el silencio en que queda la nave, nadie habla, ni hace barullo, todo el mundo respeta el descanso de los demás y el silencio se adueña del lugar.

ETAPA 1 (6/9/2004): RONCESVALLES – PUENTE DE LA REINA (81 Km)

He dormido mal, Juan parece que si ha descansado, creo que me he quedado dormido sobre la 1:00 y a las 5:30 ya empiezan a levantarse algunos peregrinos, la verdad es que los caminantes empiezan muy pronto la jornada, a las 6:00 ya es generalizado el movimiento de peregrinos, vistiéndose, recogiendo cosas, dirigiéndose y viniendo de los aseos, calzándose, etc, y sin embargo no se hace demasiado ruido con lo cual esperamos un poco en la cama ya que nosotros, de noche y sin las bicis, no tenemos prisa.

Cuando ya va quedando poca gente en el interior nos levantamos, nos duchamos y después de vestirnos de "romano", recoger y guardar las cosas en las mochilas, abandonamos el albergue sobre las 7:30 ya que a las 8:00 lo cierran para hacer limpieza.

Nos tomamos un café en casa Sabina y el chaval que nos atiende nos cuenta que sus padres se encuentran en Galicia de excursión, durante una semana con mas viejiños en un bus, salimos para afuera y nos dirigimos de nuevo a la puerta del albergue y allí junto al muro desayunamos unos hojaldres.

A las 8:30 llamamos a Halcourier, a Pamplona, para preguntar por las bicis y se quedaron con mi teléfono para llamarme cuando llegara el repartidor de esa zona y así decirnos cuando vendría a traerlas.

Desde ese momento y hasta que llegaron las bicis pasó un tiempo muerto que fue desesperante, habíamos dormido en una nave con una gran cantidad de peregrinos que eran caminantes y creíamos que los únicos ciclistas en Roncesvalles éramos nosotros, pero así que amaneció empezaron a aparecer ciclistas, unos salían del interior de la Colegiata, luego supimos que los que tenían allí las bicis durmieron en el albergue juvenil, otros del interior de los hostales y otros simplemente llegaban en coches que los traían hasta allí, montaban la bici y arrancaban. Todo aquel trajín de ciclistas y verlos arrancar nos estaba poniendo los dientes largos y estábamos deseando tener nuestras bicis para partir. Al otro lado de la calle vimos un ciclista, que llegó en un Seat Ibiza con un matrimonio mayor y una chica más joven, montar la bicicleta y después de hacerse unas fotos delante de la colegiata partir, en ese momento era un ser anónimo pero con el tiempo se convirtió en un magnifico compañero de Camino, pero no adelantemos acontecimientos.

A las 9:00 me llamaron de Halcourier y me dijeron que el repartidor venía hacia Roncesvalles y sobre las 10:00 tendríamos las bicis, la verdad es que en Halcourier se portaron bien y además empezaron el reparto por allí para que nosotros no demoráramos nuestra partida, para ellos nuestro primer agradecimiento en el Camino.

Vimos arrancar unos 30 ciclistas mientras esperábamos, cerca de donde estábamos había una autocaravana y dos ciclistas estaban montando sus bicicletas, a las 10:15 llegan las nuestras y las recibimos con una alegría fuera de serie, inmediatamente nos ponemos a desembalarlas y montarlas. Los ciclistas de la autocaravana oyen los comentarios que estamos haciendo y uno de ellos se acerca y pregunta si somos de Ferrol, le decimos que si y nos comenta que él es ferrolano, de Esteiro, pero que lleva muchos años viviendo en Cartagena, entre este hecho y que Juan también vivió de chaval en Cartagena se entabla una animada conversación, nos dice que se llama Roberto y su compañero Quiles, van a hacer el Camino con la autocaravana de apoyo, en ella llevan de todo y viajan sus mujeres que los esperan, cada día, en el final de etapa previsto con anterioridad, es una suerte no tener que cargar con mochilas pero para Juan eso y llevar un coche de apoyo hace que pierda merito la aventura, nos despedimos deseándonos mutuamente suerte, pero nuestro Camino volvería a encontrarse.

Terminamos de montar las bicis y colocar las mochilas en los portabultos, después de hacernos unas fotos de recuerdo, a las 11:00 por fin partimos hacia Santiago, COMIENZA LO AUTÉNTICO.

Juan quiere hacer todo el Camino por el sendero y las pistas por donde van los caminantes, a mí me asusta un poco por la poca experiencia que tengo en montaña y lo duro de algunos tramos trialeros, también me ha dejado impresionado el peso de las mochilas en la rueda trasera, nunca hubiera pensado que se notara tanto, sobre todo en las subidas, pero en principio nos metemos hacia el camino. Nada más tomarlo ya me doy cuenta de que no funciona el cuenta kilómetros y la primera parada se produce a los 500 metros de comenzar la etapa, habíamos acordado que el cuenta kilómetros de Juan mediría el total realizado en nuestra aventura, mientras el mío mediría los parciales de cada etapa y cada jornada lo pondría a cero, por ello era un contratiempo que no funcionara, perdimos unos 10 minutos en darle vueltas a la rueda y al captador del imán hasta que conseguimos que funcionara y emprendimos de nuevo el camino, para parar de nuevo 100 metros más adelante por que yo me había dejado los guantes donde llenamos los bidones de agua, al lado de donde montamos las bicis, Juan se dirigió allí de nuevo a ver si con suerte no los llevó nadie, mientras yo alucinaba por que el comienzo estaba siendo un desastre, Juan trajo los guantes y por fin a las 11:30 estábamos camino de Burguete, hacia Pamplona.



La paliza que me fui dando por el Camino estaba siendo tremenda, era el primer día de contacto con él y algunas subidas por senderos estrechos y empedrados me estaban dejando sin fuelle, llegamos a Litzoain, donde llenamos nuevamente de agua los bidones, y después de cruzarlo iniciamos la subida al alto de Erro. Las subidas es lo de Juan, se pone en pie en la bici y poco a poco empieza a trepar, siempre al mismo ritmo y rompiendo la goma de cualquiera que quiera seguirle a rueda, el no sabe subir a mi ritmo, sentado siempre y más lento, a base de golpe de riñón, por ello en todas las subidas del Camino una y otra vez nos separamos siempre, el las sube a su ritmo y yo al mío y al llegar arriba me espera a que llegue y continuamos juntos. En la subida al Erro yo iba muy tocado, el calor y el primer día de marcha por aquel terreno tan abrupto me estaban tocando la moral, al iniciarse la subida me caí, dado que aquello era un reguero de piedras y de grietas, viendo que Juan ya había tirado para adelante y que no me apetecía subir aquella cuesta tan abrupta empujando la bici, decidí retroceder a Litzoain y subir el Erro por la carretera, no sin antes enviar un recado por unos ciclistas a Juan de que iba por la carretera.

La subida por la carretera fue dura pero fácil de llevar y al poco tiempo llegué al alto donde me dispuse a esperar a Juan, estaba terminando de beber un trago de agua cuando apareció por el camino y dado que la bajada era trialera y muy técnica, empujado por mí, bajamos por la carretera hasta Zubiri, en este pueblo paramos a comprar los bocadillos, siempre una barra de pan para los dos, cogí 8 lonchas de jamón cocido y 8 de queso en barra, 2 coca-colas, compañeras inseparables del camino por su aporte en glucosa, y 4 peladillos o nectarinas, que dicen por ahí.

El ambiente del Camino es de absoluta camaradería, la gente se saluda, se da los buenos días y sobre todo se desean unos a otros ¡buen Camino!, los peregrinos se ayudan mutuamente y son una multitud los que circulan entre caminantes y ciclistas.

Continuamos por el Camino hacia Pamplona y en una zona dificultosa por lo estrecho del sendero y el talud lateral que teníamos a nuestra izquierda, Juan se cayó y se hizo daño con el manillar en la rodilla. Al poco nos adelantaron Quiles y Roberto, los de Cartagena, es una maravilla pedalear solo con la bici y sin cargar con bultos, nos desearon suerte y siguieron adelante, no importa el tiempo demostró que, con bultos y con todo, la voluntad de marcha puede con todo y a Santiago llegamos nosotros antes. Cerca de Iritz paramos en un área de descanso para tomar los bocatas, allí apareció un ciclista con el que coincidimos varias veces en la jornada y con él charlaríamos largo rato en el albergue al final de la misma, también apareció un grupo de caminantes muy pintorescos, con coche de apoyo, que los acercó un trago de la bota de vino antes de emprender las rampas de subida del Camino, que se veían al pie de donde estábamos comiendo, ¿sería el doping?, al terminar de comer seguimos hasta Pamplona por carretera ya que yo, de momento, estaba harto de pistas trialeras.

Cruzamos Villava, la patria de Indurain, siguiendo perfectamente las flechas amarillas, que te preceden durante todo el Camino hasta Santiago, pero en algún punto las despistamos y nos perdimos a la entrada de Pamplona, hay que tener en cuenta que las flechas están puestas para los caminantes y en las ciudades a los ciclistas no nos queda más remedio que ir por la derecha, mientras que los caminantes lo hacen por la izquierda y eso dificulta seguir el itinerario marcado por la flechas cuando te quedan al lado contrario de una gran avenida por la que ruedas.

Seguimos siempre las indicaciones que nos conducían hacia Logroño pero nos vimos saliendo de Pamplona por una autovía, en una subida Juan me dejó atrás y yo me paré por que quise hacer una foto al indicador de salida de Pamplona, entre lo que tardé en alcanzarle y lo que me entretuve en la foto, le encontré esperando muy preocupado, sobre todo por que vio un coche con el retrovisor roto y pensó que me golpeó, cuando le dije que paré a hacer una foto creo que no faltó nada para que me hiciera comer la cámara ¡la verdad es que tenía razón!, pronto empezamos a encontrar abundantes obras en la carretera, por lo que era un trayecto muy agobiante, yo iba muy cansado y paramos debajo de un puente a tomar una coca, que me quedaba todavía del viaje en tren, y una barrita energética. Un poco más adelante había una gasolinera y en ella preguntamos por Cizur Menor, Zariquiegui o cualquier otra forma de retomar el Camino y abandonar la carretera, no nos supieron explicar muy bien, Cizur ya había quedado atrás así que nos mandaron salirnos por unos viales en obras y meternos hacía el interior, llenamos los bidones de agua, que luego resultó ser malísima, y continuamos. En aquellos momentos sobre las cuatro de la tarde, con un calor que amenazaba una tormenta y subiendo a la búsqueda del camino sin saber lo que hacíamos ni por donde andábamos, a mí me dio una pájara impresionante, no podía ni mover las piernas, en un murete de una casa, de un pequeño pueblo, me pare y no podía más.

Juan fue a preguntar, si es que encontraba a alguien, finalmente tuvo que llamar en una casa y le salió un señor que le dio tantas vueltas y explicaciones que Juan ni se enteró, volvió junto a mí sin saberme decir muy bien para donde ir, afortunadamente pasó un tractor al que Juan paró y preguntó al tractorista por el Camino de Santiago, el hombre nos dio dos indicaciones tan concretas como precisas y en un santiamén nos puso en el Camino, ¡gracias buen hombre! salvaste una jornada que se estaba poniendo negra, llevamos 70 Km y yo voy muy tocado.

En Zariquiegui paramos a llenar los bidones y tirar la asquerosa agua de la gasolinera, Juan me ve tan mal que piensa en abandonar pero no sabe que yo lo que me propongo lo hago, aunque sea tirando por la bicicleta a rastras.

Nada mas reemprender la marcha nos encontramos con la subida al alto del Perdón, un sendero infernal de piedras y grietas de tan solo 50 cm de ancho y con una pendiente considerable, yo lo hice andando y empujando por la bicicleta lo cual es un martirio añadido, siempre es menos sufrido ser un caminante con el peso a la espalda que ser un ciclista empujando la bicicleta, la postura no es cómoda para subir, tienes que coger el manillar para empujar la bici y ello te obliga a estirar los brazos y retroceder el cuerpo para realizar el empuje necesario para vencer el peso de la bici con las mochilas puestas, y en esta postura andar un par de Km, pero creo que andando, en bici, o empujando la bici, subir cualquiera de los altos míticos que se encuentran a lo largo del Camino siempre es un reto y una dificultad que termina en una profunda satisfacción cuando la superas y te ves en la cumbre.



En la subida me alcanzó el ciclista que ya habíamos visto en la parada de los bocatas, antes de Pamplona, y que después de darme ánimo continuó hacia la cumbre. Cuando llegué ya llevaba Juan 15 minutos allí, esperando, ¡es un campeón! pero nos paramos a hacer una foto en un alto que nunca olvidaré.

No nos entretuvimos mucho por que estaba empezando a llover, y no saboree demasiado tiempo la satisfacción de haberlo subido aunque fuera en el tren de San Fernando, un rato en bici y otro andando, ya llevaba toda la tarde amenazando agua y aquel calor que hizo presagiaba una tormenta.

Bajamos hacia Puente de la Reina por la carretera ya que nos dijeron que por el Camino estaba fatal y ello unido a la prisa por escapar del agua que se nos avecinaba nos dio alas. A mí parece que se me curó de golpe la pájara que traía y volé sobre la bicicleta hacia Puente de la Reina.

Ya no nos entretuvimos en nada y entramos en Puente de la Reina a las 18:00, nos dirigimos al albergue de los Padres Reparadores y tras sellar las cartillas y pagar 6 € por cabeza nos preparamos para instalarnos, habían sido 81 Km de gran dureza, aquellas montañas navarras me infligieron un importante castigo pero también me dejaron un recuerdo imborrable.

Primero dejamos las bicis en un estupendo patio que tenían en la parte de atrás y donde también había un tendedero para la ropa. Desmontamos las mochilas en lo que será el trajín de todos los días, por la tarde desmontarlas de las bicis y llevarlas al albergue con nosotros y por las mañanas colocarlas de nuevo y amarrarlas a los portabultos para una nueva etapa, pero nada de nada comparado con lo de las bolsas, ¡eso si que tiene tela!, todas las cosas las llevamos en bolsas de plástico por si llueve que no se mojen dentro de las mochilas, todos los días hay que sacar las cosas, abrir todas las bolsas para localizar todo, dejar todo desparramado alrededor de las mochilas y al arrancar por la mañana vuelta a recoger todo, meterlo en las bolsas, anudarlas y a las mochilas.

Dejamos las bicis amarradas con la cadena a una barandilla y subimos al primer piso del albergue, el albergue está muy bien, tiene unas estancias limpias y amplias, un comedor común y que utilizan para tertulias los peregrinos, hay lavadora y maquinas con bebidas y frutos secos, incluso hay Internet a disposición de los peregrinos, nos ha tocado una habitación de siete literas y los catorce que estamos allí somos todos ciclistas. Cogemos una litera, yo abajo y Juan arriba, nos duchamos, vestimos, dejamos los sacos estirados en las camas y nos vamos a dar una vuelta por el pueblo.

Tomamos unas cervecitas en un bar que hacía un calor que no se paraba dentro y paseamos un poco por las calles del pueblo, el pueblo está bien, es tranquilo y con una calle peatonal muy bonita, toda en piedra. Buscamos un sitio donde cenar y en una carnicería que preguntamos nos recomiendan el bar Joaquín y para allí vamos.

Cenamos macarrones, conejo asado y helado, nos cobraron 10 € cada uno, en la mesa de al lado cena un peregrino que también se encuentra en el albergue en la cama de arriba de la litera que hay a la entrada y que más adelante protagonizará uno de los bonitos recuerdos del camino, allí le vi por primera vez, al pagar pedí que me sellara la cartilla pues yo quiero llenar todos los huecos, a Juan le hace gracia mi empeño por pedir sellos.

Volvemos al albergue, este cierra a las 23:00, ya ha empezado a llover con ganas y mientras Juan se pone de charla con el ciclista que habíamos visto en la subida del alto del Perdón, era madrileño, yo me dedico, como cada noche durante todo el Camino, a escribir el diario con las vivencias del día. Finalizada la escritura me uno a la tertulia, el madrileño nos cuenta que ha subido en bici desde Madrid a Aragón y ha cruzado después hacia el camino francés, durmiendo en sitios increíbles ya que por zonas que ha pasado no había albergues, incluso ha dormido en aparcamientos.

Nos vamos para cama, nos lo merecemos de verdad, para mí ha sido una dura jornada pero también ha sido la de toma de contacto con el camino, cada día que ruede estaré más en forma.

ETAPA 2 (7/9/2004): PUENTE DE LA REINA – VENTOSA (101 Km)

La noche no fue muy propicia para el sueño reparador, como dije anteriormente, estábamos 14 ciclistas en aquella habitación y yo tenía en la litera de al lado a uno que dio toda la noche un autentico recital de ronquidos, Juan decía, y con razón, que estuvo toda la noche cortando leña con la motosierra.

Me levante a las 7:00 con unas 5 horas de sueño intermitente, Juan amaneció con la rodilla hinchada a consecuencia de la caída del día anterior, camino de Pamplona, espero que no suponga un problema grave para pedalear. El día ha amanecido muy lluvioso aunque lo verdaderamente impresionante ha sido la gran cantidad de agua que ha caído toda la noche. El ciclista que partió de Roncesvalles y que había llegado en un Seat Ibiza, resultó ser asturiano, se levanto 5 ó 6 veces en la noche para quedarse mirando por la ventana, no sé que era lo que le impedía dormir si la preocupación por la tremenda tormenta de agua que podía condicionar mucho la marcha al día siguiente o los ronquidos del compañero de habitación que teníamos, parece muy majo y es un tiarrón enorme que lleva siempre un pañuelo anudado en la cabeza, al estilo Pantani.

Salimos de Puente de la Reina a las 9:00, previamente hemos ido a desayunar al bar Aloa y nuevamente he pedido que nos sellen la cartilla, Juan dice que a este paso vamos a tener que añadir páginas de refuerzo.

El día esta muy malo, llueve bastante y nadie se mete hacia el camino ya que no hace falta ser muy listo para imaginarse como debe de estar después de esa noche de agua, tomamos la carretera camino de Logroño y se hace muy duro pedalear en medio de aquella lluvia y con el trafico de coches y camiones pasando constantemente a tu lado, avanzamos a buen ritmo aunque se hace incomodo el chubasquero y el agua de cara.

Pedaleamos por la carretera, sin parar durante unos 65 Km, Juan tuvo una caída tonta al parar a mirar si yo iba detrás y patinarle lateralmente las dos ruedas de la bici en el barro de la cuneta, vamos 2-2, pasamos por sitios en los que hubiera sido bonito detenerse pero el día no acompañaba y había que avanzar, Estella, el monasterio de Irache, etc, y finalmente cuando vimos que empezaba a ceder la lluvia y sobre todo por miedo a perdernos en Logroño, como nos pasó en Pamplona, decidimos coger el camino en



Viana, antes de llegar a Logroño, por ello dejamos la carretera y pedaleamos durante 5 Km por un desvío hasta llegar a Viana.

Llegando a Viana paramos en unos viñedos y comimos unos racimos de uvas, ¡qué ricos estaban! con esa materia prima no es extraño que tengan tan buen vino en La Rioja.

Entramos en Viana y subiendo por una calle muy pendiente, hacia centro del pueblo, lleve un buen susto cuando una camionera que salió de una calle lateral giro hacía mi para coger la misma calle y me encerró, en su giro, contra un coche aparcado haciéndome caer de la bicicleta, vi pasar la rueda trasera del camión por delante de mi cara y ni siquiera se detuvo, al caer de costado tuve la mala suerte de que el manillar quedó vertical y caí encima de él con todo mi peso clavándolo en la axila lo que me produjo un dolor enorme, tuve que acabar de subir la cuesta empujando la bici y parece que al poco me paso el dolor, pero no pude tocar debajo de la axila en todo el Camino ya que me producía bastante dolor y tuve varios días un derrame en la zona, ya vamos 3-2.

Paramos en un súper a comprar y como siempre cogimos una barra, 8 lonchas de pechuga de pavo y 8 de queso en barra, dos coca-colas, una botella de agua para llenar los bidones, dos manzanas y cuatro peladillos.

Se ven pasar muchos peregrinos embarrados y con los impermeables puestos por encima, ha debido ser duro caminar por los senderos en aquellas condiciones de lluvia y barro.



A la salida de Viana, ya por el Camino original, paramos a comer en un merendero.

Aprovechamos la parada para estudiar hasta donde íbamos a seguir y decidimos intentar llegar hasta Ventosa, un pueblo que se encontraba ya pasado Logroño y que ponía la guía que tenía sitio para bicicletas, eran las 14.30 y decidimos llamar por el móvil para asegurarnos de que podía haber sitio, hablamos con el hospitalero y nos dijo que llegaríamos hasta allí, que malo sería que ese día se llenara.

Tiramos para Logroño y buscamos el albergue para sellar pero estaba cerrado, al pasar por delante del parlamento de La Rioja quise sellar allí pero salió un guarda jurado y dijo que ya no quedaba nadie a esa hora dentro. Como estábamos con el pie en tierra y había una cafetería enfrente, llamada por cierto "Parlamento", decidimos tomar un café y allí sellé las cartillas al paso por Logroño.

Cruzando Logroño encontramos un italiano, el que comió en la mesa de al lado nuestro en el bar Joaquín de Puente la Reina y durmió también en nuestra habitación, se unió a nosotros por que se estaba liando y quería encontrar la salida de la ciudad, fue charlando con nosotros y salimos de Logroño junto con otro grupo de ciclistas a los que dejamos atrás antes de llegar al alto de la Grajera, cruzamos el parque de La Grajera y cuando nos dimos cuenta estábamos subiendo el alto por un camino de tierra que no gustaba nada a nuestro compañero italiano, le comente a Juan que había que ayudarle a encontrar la carretera ya que su bici no era de montaña y tenía cubiertas lisas con lo cual lo iba a pasar fatal si seguía con nosotros por el camino.

Terminamos de subir La Grajera y en el descenso llegamos junto a la autovía de Burgos, era curioso ver toda la alambrada que limita la autovía llena de cientos de cruces de madera echas con palos y dejadas allí por los peregrinos a su paso por el lugar, el italiano se quería ir para la autovía pero le explicamos que no podía ser, tenía que saltar la alambrada y la mediana y eso no era posible, el hombre iba desesperado y le fuimos calmando en busca de una carretera, por fin el Camino cruzó una carretera que iba en dirección a Santo Domingo de la Calzada y allí nos despedimos, la despedida fue un grito de ¡fuerza Italia! correspondido con otro de ¡fuerza

España!, simpático el italiano que aún nos había de deparar otra sorpresa inesperada, esta fue la segunda vez que lo vi y no hay dos sin tres.

Pasamos junto al antiguo hospital de peregrinos de San Juan de Acre, en ruinas, y continuamos camino de Navarrete.

En Navarrete pasamos por delante del albergue y aproveché para sellar la cartilla, los hospitaleros eran franceses, es curioso la cantidad de extranjeros que cuidan de nuestros albergues por la devoción al Camino.

He decidido sellar en los albergues ya que si sigo sellando en bares no nos van a dar la Compostela, por borrachos, ya que ha de parecer que estuvimos de parranda en vez de haciendo el Camino.



La lluvia parece que ya nos ha dejado, ya que desde Viana no ha vuelto a llover, ha sido genial lo de traer los escaarpines de neopreno ya que llevo los pies completamente secos a pesar del día de agua que hemos tenido, al contrario que Juan que dice que lleva los pies mojados y aunque he querido parar en Logroño, para comprar unos escaarpines, a estas alturas ya no soy capaz de luchar con su cabezonería y siempre acabo haciendo lo que quiere con lo cual se ha quedado sin escaarpines por negarse a buscar una tienda de bicicletas para comprarlos.

Después de Navarrete cruzamos por campos de viñedos y pistas de tierra arcillosa, completamente embarradas, donde nos pusimos perdidos y las bicis quedaron para cogerlas con pinzas, entramos por fin en Ventosa a las 18:15, la tarde se ha despejado y luce el sol, encontramos el albergue y nos topamos con un hospitalero simpático llamado Ángel que nos sella las cartillas y nos firma en japonés, ya que le enseñó una peregrina japonesa que pasó por allí, nos cobra 9 € a cada uno, con el desayuno al día siguiente incluido.

Después de sacar las mochilas y guardar las bicis, en un pajar cercano al albergue, limpiamos las botas de barro y tomamos posesión de unas camas en una habitación del segundo piso donde había 5 literas y Juan fue a la cama de arriba en un lado y yo lo mismo pero a otro lado, ya estaba casi todo ocupado, de por si esa noche solo quedó una plaza libre en el albergue, ¡por los pelos no tuvimos que ir al pajar! por la norma de que los ciclistas son los últimos en los albergues.

Nos duchamos, los aseos estaban estupendos, y nos fuimos a dar un paseo por el pueblo. El pueblo eran unas pocas casas y se recorría todo en 15 minutos, finalmente fuimos al bar de Olga a tomar unas cervecitas, una señora muy simpática con la que pronto entablamos conversación y como no había otro sitio en el pueblo para cenar quedamos de volver a las 21:00 para hacerlo.

Fuimos a la hora acordada y ya había varias mesas ocupadas por los peregrinos del albergue cenando, nos atendieron enseguida y nos comentaron que allí solo tenían cosa sencilla y todo de casa, por lo que elegimos huevos fritos con patatas y chorizo frito, acompañado de una ensalada variada y una tabla de embutido casero.

¡Vaya cena! No sé que estaba más bueno, los huevos con patatas y chorizo estaban de cine, pero es que la tabla de embutido había sido para chuparse los dedos y no hablemos ya del vino, todavía me relamo de recordarlo, un vinillo hecho en casa que sabía a gloria y de postre un bizcocho de melocotón que había que quitarse el sombrero, una cena sencilla pero ¡impresionante!. Estos momentos son tan gratificantes que dejan un recuerdo del Camino imborrable, aquel bar en Ventosa y aquella cena ya forma parte de la memoria de aquel viaje.

Nos cobraron 10 €, cada uno, por ser felices, ¡barato!



Retornamos al albergue y después de una pequeña tertulia durante la cual escribí la crónica del día, firmamos el libro de visitas del albergue y conocimos un poco de la vida de Ángel, un andaluz que había dejado todo hacía ya unos años para dedicar su vida al Camino de Santiago, finalmente nos fuimos a la cama.

Habíamos recorrido 101 Km, estaba cansado y esperaba dormir, pero el destino me tenía reservada alguna sorpresa para esa noche.

ETAPA 3 (8/9/2004): VENTOSA – BURGOS (123 Km)

Estoy condenado a no dormir en el Camino de Santiago, esta noche ha caído la tronada más impresionante que oí en mi vida, los truenos se sucedían unos a otros sin casi dar descanso a los relampagazos que iluminaban todo como si fuera de día, los chispazos se oían casi al pie de la oreja y parecían latigazos. De repente empezó a llover, llovía con tal intensidad y furia que el ruido en el tejado, estábamos en el último piso justo debajo de la cubierta, era ensordecedor, poco tiempo hizo falta para que cediera la impermeabilidad del tejado y empezara a entrar agua dentro, al principio oía un top, top, top, que no sabía a que era debido y cada vez era más rápido hasta que me di cuenta de que eran las gotas de agua golpeando en mi saco de dormir, retrocedí en la cama intentando escapar de la gotera pero fue inútil, nuevas gotera empezaron a convertir mi cama en una autentica ducha y me obligaron a saltar de la litera con el saco empapado.

No había luz en la casa y pronto andábamos varios peregrinos por los pasillos y escaleras como si fuéramos fantasmas, envueltos en los sacos, en la más completa oscuridad. Apareció Ángel, con una vela en la mano, diciendo que no había luz, lo siguiente fue un descontrol, sumidos en la oscuridad o bien a la luz de una vela que había en el rellano de la escalera o con linternas que manejaban algunos peregrinos, hubo que asearse, vestirse, recoger todo, meterlo en las mochilas y calzarse para partir. Dado que Juan y yo no teníamos prisa por que en bici hay que esperar siempre la luz del día para arrancar, mientras que los caminantes arrancan muy temprano aún de noche, dejamos que acabara todo el mundo y nos sentamos a charlar en el rellano de la escalera a la luz de la vela, finalmente cuando todo el mundo bajó a desayunar nosotros nos aseamos, vestimos y recogimos todo.

El desayuno tenía que ser sin café, ya que al no haber luz no le funcionaba a Ángel la cafetera, y el pan había que comerlo en rebanadas, sin tostar, ya que tampoco funcionaba la tostadora, así que tomamos zumo con rebanadas de pan untadas en mantequilla y mermelada además de fruta.

Durante la tertulia del desayuno un peregrino comentaba, hablaba varios idiomas, que llevaba 5 meses andando, había partido de Arles en las cercanías de Marsella, en Francia, subió hasta Paris, cruzando toda Francia, luego fue a Bruselas, en Bélgica, para a continuación volver a Francia y cruzarla de nuevo hacía el sur para entrar en España por Roncesvalles haciendo el Camino de Santiago, estas historias de anónimos peregrinos, en las tertulias de los albergues, son las que hacen del Camino una autentica vivencia inigualable.

Pronto fueron marchando todos los peregrinos, y les fuimos dando el adiós, finalmente solo quedamos Juan y yo que éramos los únicos ciclistas en el albergue, hoy Juan tuvo la precaución de envolverse los pies con bolsas de plástico ya que las botas habían secado y no era aconsejable volver a mojar los pies.

A las 8:15 nos despedimos de Ángel, que le quedaba una buena tarea de limpieza y de secar suelos, y partimos de aquel pequeño pueblo en el que tantas cosas nos sucedieron en tan pocas horas.

Seguía lloviendo, aunque con poca intensidad pero la tormenta de la noche y la gran cantidad de agua caída no aconsejaba meterse al camino y menos con la tierra arcillosa que predominaba en estos campos de La Rioja, tomamos la N-120 en dirección a Burgos, la carretera se presentaba como una alternativa espantosa, pero la única posible, hasta los caminantes recurrieron a ella, a los pocos kilómetros de ir avanzando fuimos viendo a todos los peregrinos que habían salido una hora antes del albergue y los fuimos saludando y dando un último adiós ya que a estos no volveríamos a verlos.

Pronto nos vimos rodeados de una gran densidad de tráfico, la nacional llena de barro, las riadas de agua, producidas por los campos inundados que desbordaban por encima de la nacional, atravesaban perpendicularmente la carretera y donde se producía este hecho se acumulaban los coches y se generaban colas y retenciones, nosotros con las bicis íbamos, pasando por el arcén, atravesando estos ríos improvisados acumulando agua y barro en nuestras bicis, la indumentaria y las mochilas.

Avanzamos de esta forma hasta Santo Domingo de la Calzada donde decidimos salirnos de la nacional para ver el pueblo y tomar un cafetín, que nos estaba haciendo falta.

A la entrada de Santo Domingo de la Calzada había un puesto de información del Camino de Santiago y en él nos detuvimos para sellar las cartillas, Juan se quedó afuera con las bicis y entré yo dentro a sellar, ese era siempre mi trabajo, las chicas que estaban dentro se sorprendieron de mi aspecto lleno de barro y sucio y comentaron que debía de estar muy mal el Camino ¡yo creo que solo había que verme!. Las cartillas, con tanta humedad, se estaban rompiendo por los pliegues, así que aproveché para pedir un poco de cinta adhesiva y repararlas.

Nos adentramos en el pueblo y Juan iba negro por que nuestras bicis chirriaban como un carro de vacas, tanta agua y tanto barro habían lavado las cadenas y la falta de grasa, unida a la suciedad, no era el mejor sistema de engranar la cadena en platos y piñones, por ello dijo que primero un café nosotros y luego buscar una ferretería para comprar aceite.

Paramos en una cafetería, ya en la zona céntrica, la chica que nos atendió, muy amable, nos explico cosas de Santo Domingo, nos dijo como ir a ver la catedral y nos contó la historia de Santo Domingo de la Calzada, fue un eremita que vivió retirado en aquellos montes del interior de la Rioja y que se dedico a ayudar a los peregrinos que iban hacía Santiago, para ello construyo una calzada que fue lo que le dio este apodo y fundó el pueblo al que se dio su nombre. Dada su amabilidad quise sellar allí también, aunque me había dicho de no sellar en más bares o cafeterías.

Nos adentramos en el casco histórico y fuimos a ver la Catedral que era muy bonita pero que no pudimos visitar por dentro ya que las visitas eran guiadas y no teníamos tanto tiempo.

A la puerta de la catedral se paró un señor a charlar con nosotros y hablando del estado del camino nos aconsejó una ruta por carreteras rurales y poco transitadas para llegar de Santo Domingo a Belorado ¡gracias amigo! es otro de esos encuentros casuales que se producen en el camino y que te reportan grandes beneficios por su ayuda.

Después de despedirnos de este señor le dijimos a un policía local que nos hiciera una foto y a continuación partimos a la búsqueda del puente de piedra con arcos que marcaba la salida de Santo Domingo por la ruta que nos indicó aquel buen hombre.



Cruzando el pueblo no vimos ninguna ferretería y en un molino donde paré a preguntar por el puente de piedra, Juan aprovechó para pedirle al molinero un poco de aceite y el hombre nos dejó un spray lubricante que le vino bárbaro a nuestras bicis ya que los chirridos se acabaron y con ellos la desesperación de Juan por ir sentado en una jaula de grillos.

Encontramos el puente y tomamos la ruta indicada hacía Herramelluri, Leiva y Tormantos para llegar a continuación a Belorado e incorporarnos de nuevo al Camino, fue un trayecto precioso, apareció el sol, pudimos quitarnos los chubasqueros, los escarpines y las bolsas de plástico, pedalear en paralelo charlando por carreteras poco transitadas y disfrutar de bonitos paisajes, nuestro pedalear era alegre y decidido por aquellas rectas poco transitadas cruzando campos de cultivo. En Leiva habíamos parado a llenar los bidones de agua y comer un peladillo, a la entrada de Tormantos vimos un ciclista que entrenaba con una bicicleta de carreras y lo paramos, le preguntamos por una ruta local que no nos obligará a seguir el Camino que iba por la N-120 hacía Burgos, cuando nos incorporáramos a ella en Belorado, él nos aconsejó salirnos de la nacional en Tosantos y circular por el interior hasta San Juan de Ortega donde ya podríamos tomar el Camino, alejados ya de la N-120, después de escribirnos la ruta sobre la propia guía que llevábamos le dimos las gracias y continuamos nuestro rodar y mientras abandonábamos La Rioja, al pasar Tormantos, para entrar en Castilla-León por la provincia de Burgos, agradecíamos una vez más estos encuentros fortuitos que nos iban facilitando la realización de nuestra ruta.

Tomamos la N-120, al llegar a Belorado, y después de un pequeño trayecto por ella llegamos a Tosantos, rellenamos de agua nuestros bidones y a la salida del pueblo ya encontramos el indicador que nos sacaba de la N-120 hacía Villalómez, por donde nos había indicado nuestro amigo ciclista, pronto se empezó a poner el camino cuesta arriba y subimos durante un buen trecho un puerto que no fue excesivamente duro pero si largo, como siempre perdí de vista a Juan y subí a mi ritmo para encontrarlo de nuevo en la cima y continuar de nuevo nuestro rodar por una bajada a través de un precioso valle que combinaba los campos de su parte honda con los cañones de rocas y las paredes de piedras escalonadas de sus laterales, no había rastro de coches, el día era soleado y apetecía pedalear y rodar con nuestras bicis, el ritmo era bueno y los kilómetros se sumaban con prontitud, estaba empezando a disfrutar enormemente de lo que estábamos haciendo.



Al pasar Villalómez llegamos a un cruce donde cogimos a la derecha, hacía Castil de Peones y pedaleamos durante kilómetros con tantas ganas que nos pasamos el cruce a la izquierda que debíamos tomar hacía Cerratón de Juarros, que era la ruta que nos indicó el ciclista, afortunadamente nada más pasar aquel cruce entramos en un pueblo llamado Cueva Cardiel y mientras lo atravesábamos nos gritaron unos vecinos que retrocediéramos que nos habíamos pasado el cruce. Nuestras pintas, las bicis con mochilas y sobre todo las conchas de vieiras colgando de las bicis, nos delataban como peregrinos a Santiago y la ayuda que te prestaban las gentes de los lugares atravesados era providencial, como lo fue en este caso para parar nuestra marcha y preguntar a esta buena gente donde nos habíamos equivocado, nos dijeron que retrocediéramos y a un kilómetro del pueblo encontraríamos un cruce que debíamos tomar a la derecha. El hecho de habernos detenido, que curiosamente lo hubiéramos hecho a la puerta de un bar, la hora que era buena para comer y aquellas buenas gentes que nos ayudaron, hizo que dejáramos las bicis apoyadas en un banco y entráramos a comer en aquel bar.

Le dijimos a la chica, que nos atendió, si nos hacía unos bocadillos y nos preguntó de que los queríamos, entre lo que nos dijo elegimos filetes de lomo, nos pregunto si nos freía unos pimientos de la tierra y los ponía por encima, nos miramos, sonreímos y dijimos que si, pero nuevamente nos hizo otra pregunta tan sugerente como la anterior pues nos dijo si ponía también unas lonchas de queso por encima de los pimientos, aquello tenía pinta de convertirse de un simple bocata a un auténtico festín y dijimos que si.

Mientras esperábamos pronto entablamos conversación con los lugareños y charlamos de mil cosas que preocupaban a aquellas buenas gentes de campos, llegó también el repartidor del pan y se sumó a la tertulia, aquellas dos cervecitas, en aquella compañía, fueron muy gratificantes después del rodar de la jornada matutina y ya parecía que habían quedado a años luz el incomodo arranque vespertino de Ventosa, con el agua y el barro como compañeros.

La llegada de los bocadillos, humeantes y oliendo a... ¡cómeme!, nos hizo abandonar la tertulia y sentarnos en una mesa a devorarlos con apetito, ¡qué bocatas! creo que el mejor que comí en la vida, otro recuerdo imborrable en la memoria del Camino.

Acabamos y nos despedimos de aquella buena gente para continuar nuestro Camino, pero Cueva Cardiel ya forma parte de nuestra particular historia gracias a unos simples bocadillos que se convirtieron en succulentos manjares.

A la salida del pueblo me hice una foto como homenaje a un grato recuerdo, a continuación recorrimos un corto trayecto y tomamos el cruce que nos habíamos pasado con anterioridad y nos dirigimos hacia Cerratón de Juarros.



El recorrido era estupendo, una carretera rural sin tránsito de vehículos y bordeada de espléndidos árboles que daban una sombra gratificante a aquellas horas del mediodía, con un calor considerable.

El Camino desde entonces hasta San Juan de Ortega se convirtió en un continuo subir, un rompe piernas, con pequeñas bajadas pero con un marcado carácter ascendente. En Cerratón llenamos nuestros bidones y

continuamos hacia San Juan de Ortega.

En San Juan de Ortega nos reencontramos con el Camino de Santiago, era un espectacular monasterio fundado por este discípulo de Santo Domingo de la Calzada y allí se encontraba un albergue donde sellamos nuestras cartillas y posteriormente seguimos camino hacia Burgos.

A la salida de San Juan de Ortega hicimos una subida trialera, muy pendiente y abundante en rocas y piedras sueltas, pronto llegamos a Atapuerca y tras 20 km de pedalear a buen ritmo entramos en Burgos.

La entrada en Burgos se hace a través de una larguísima e interminable avenida, metidos entre un intenso tráfico y sin ver las flechas por que están colocadas para los caminantes al otro lado de la avenida, el izquierdo. Cruzamos la ciudad y llegamos a los albergues que se encontraban a la orilla del río, ya saliendo de Burgos, probamos primero en el albergue municipal pero solo tenían una plaza libre, era un albergue muy bonito de cabañas de madera, posteriormente supimos quien ocupó aquella única plaza que quedaba y que no cogimos por ir dos. Sellamos de todas formas y nos fuimos al albergue de la Junta de Castilla y León que era una zona de acampada al lado del anterior.

Nos sellaron las cartillas y no nos cobraron nada, ni siquiera admitían donativo, a continuación nos asignaron una tienda de campaña para los dos. Las tiendas estaban muy bien y tenían colchonetas lo que facilitaba el descanso, si no había demanda colocan dos por tienda, como fue nuestro caso y así se duerme bien en ellas, se encontraban en un campo poblado de árboles y era como estar en un camping junto a un río, enfrente había una zona donde se podían dejar las bicis aparcadas y amarradas, colocamos allí las bicis para despojarlas de las mochilas y los sacos de dormir. Dejamos todo en la tienda y nos fuimos a lavar las bicis, ¡que buena falta tenían!, con una manguera que había allí cerca.

Yo llegué a Burgos deshidratado, era impresionante la sed que tenía, no podía tragar, ni generar saliva, la boca y los labios estaban acartonados, había sido una etapa de mucho calor y

las fuentes no abundaban como en Navarra o La Rioja, yo consumo mucha agua y el bidón se me había declarado insuficiente, sí no abundaban las fuentes donde llenarlo. De todas formas habíamos hecho 123 Km y me encontraba perfectamente, yo nunca había hecho tantos Km en bici en una salida y estaba contento de haberlo conseguido, me empezaba a encontrar como una moto, aunque la mayor parte del mérito es de Juan ya que si no fuera él tirando y avanzando siempre más y más yo probablemente pararía antes y así, por seguirle a él, hago lo increíble.

Cuando acabamos de lavar las bicis, quedaron preciosas después de verlas en las condiciones que habían llegado a Burgos, las dejamos amarradas al parking de bicis y nos fuimos a duchar, las instalaciones eran estupendas, había una especie de bungalows para las duchas, uno para hombres y otro para mujeres, también se repetía lo mismo para los aseos y no solo estaban muy bien acondicionados sino que la limpieza era de lo mejor.

Regresamos a la tienda y había ambientillo de ciclistas por la zona, cuando llegamos al albergue no había prácticamente nadie, había llegado el asturiano grandullón, de Puente de la Reina, que nos saludó y hablamos de la etapa del día.

Después cogimos la ropa sucia y fuimos a hacer colada al lavadero, era imprescindible teniendo en cuenta lo sucia que había llegado la ropa que traíamos puesta y los chubasqueros. En ese momento echamos de menos unas pinzas y tuvimos que poner la ropa como pudimos.

Una vez finalizadas las tareas obligadas nos dispusimos a dar una vuelta por el centro de Burgos y cuando salíamos de la zona de acampada un ciclista de los que andaban por allí se nos acercó y preguntó si podía acompañarnos, le dijimos que sí y se nos unió en el paseo, se llamaba Vicente y era valenciano, fuimos a ver la catedral que a mi me dejó extasiado ya que nunca había visto algo parecido, es hermosísima y el interior es admirable. Vicente era simpático y tenía mucha conversación así que no nos aburrimos el tiempo que permanecemos juntos, tomamos unas cervezas y dimos un paseo por las animadas calles del centro de la ciudad, buscamos un sitio donde cenar y encontramos una mesa libre en una terraza de un restaurante, estaba todo lleno y para ser un día laborable se ve que hay mucha animación en esta ciudad.

Cenamos ensalada de arroz, una fuente de un tamaño descomunal que además de arroz traía de todo, después huevos fritos con patatas y morcilla y de postre helado, tocamos a 12 € cada uno, regresamos al albergue dando un paseo que nos vino muy bien ya que llevábamos el estomago duro como una piedra.

Al llegar al albergue nos despedimos de Vicente hasta el día siguiente y nos dispusimos a dormir, no sin antes ir al comedor y pasar un rato escribiendo la crónica del día y después ir a llenar el bidón a la fuente para beber por la noche, yo creo que desde que llegué al albergue bebí cuatro bidones de agua para intentar rehidratarme.

ETAPA 4 (9/9/2004): BURGOS – CALZADILLA DE LA CUEZA (103 Km)

Otra noche en la que el sueño no fue la actividad principal de la noche, ya que di mas vueltas que una peonza en mi saco y el fuerte viento que sopló toda la noche no me ayudó a cogerlo.

Nos levantamos a las 8:00 y después de vestirnos y cumplir con el ritual de todos los días, recoger todo lo desparramado, meterlo en bolsas, anudarlas y distribuirlo en las dos mochilas, nos preparamos para partir. Afuera estaban todos los ciclistas terminando de preparar las bicis, nos habíamos juntado en total unos 18 ciclistas en aquella zona de acampada, y había ambiente de partida, les pedí si tenían aceite y uno de ellos me dejó un spray de teflón con el que rocié las partes más importantes del cambio y los piñones de nuestras bicicletas.

Saludamos al asturiano y a Vicente que habían dormido en la misma tienda y partieron juntos, un rato después, alrededor de las 9:00 salimos nosotros.

La salida de Burgos no era muy llamativa por atractiva y al cabo de media hora de pedalear encontramos un pueblo donde paramos a desayunar y allí encontramos al asturiano y a Vicente desayunando, hicimos nosotros lo propio y después de un rato de charla con ellos nos despedimos y continuamos camino, Vicente lleva una bici de carretera y no se mete al camino por lo que desde allí seguiría solo, tenía pensado llegar hasta Fromista ya que no hacía etapas de más de 65 Km, ya no lo veríamos más.



Hasta Burgos habíamos intentado ir por el Camino lo más posible y debido a la climatología y otras circunstancias lo hemos abandonado en pocas ocasiones aunque hayamos hecho también muchos kilómetros por carretera en esas ocasiones, ya he explicado que Juan quería hacerlo de esta forma y aunque yo al principio me resistía, por que encontraba más cómodo compaginar Camino y carretera, al final me he dado cuenta de que es mucho más atractivo y divertido hacer el autentico Camino de Santiago, desde la salida de Burgos cogemos el Camino y de forma definitiva ya no lo abandonamos hasta Santiago, yo me acostumbré a las pistas trialeras y las bajadas entre rocas y grietas en el terreno y donde no pude subir en bici pues subí empujándola pero fue realmente estupendo hacer todo el trayecto por donde van los caminantes y además acabar con las discusiones que teníamos por ir por un lado u otro, sobre todo por que siempre perdía yo.

Llevábamos un rato rodando cuando en una pendiente, no excesivamente dura, vimos una chica empujando por la bicicleta, le comenté a Juan que era mejor hacerlo andando, que como lo hacía aquella chica, ya que solo debía subirse a la bici en las bajadas y llaneando, pero desde luego le echaba mucho coraje al asunto.

Llegamos a un lugar entre Hornillos del Camino y Hontanas, llamado Arroyo San Bol, donde había un albergue solitario en medio de la nada, de campos amarillos y vacíos de vegetación, aunque era necesario separarse unos 500 metros del Camino decidimos ir a sellar las cartillas y encontramos un lugar paradisíaco, un pequeño albergue de piedra que en su parte trasera tenía un precioso campo de árboles frondosos y una fuente con un lavadero que daba un agua fresquísimas y donde llenamos nuestros bidones.

Al poco de retornar al Camino y pedalear un rato encontramos de nuevo a la chica de la bici y poniéndonos en paralelo con ella charlamos un rato, era catalana pero había venido desde Londres para hacer el camino, hablamos y nos comento que durmió en Burgos en el albergue municipal, que había llegado tarde y que solo quedaba una plaza, milagrosamente, ¡mira quién ocupo la plaza que nosotros habíamos dejamos por ir dos!, Juan le dio una charla técnica sobre algunas cosas de la bici y el calzado más adecuado y después de unos minutos acompañándola nos despedimos y salimos pitando ya que su marcha era muy lenta para nosotros.

Paramos en Hontanas a tomar una Coca-cola y sellé por última vez en un local de estas características, estando allí pasó el asturiano y al vernos paró y le invitamos a una Coca-cola y en esto también llegó la catalana y también paró con nosotros, empezaba a admirar lo que estaba haciendo esta mujer, continuamente nos alcanzaba en nuestras paradas lo que dado lo lento de su marcha demostraba que no se detenía absolutamente para nada, al contrario que nosotros.

Le preguntamos al asturiano como se llamaba y nos dijo que Julio, nosotros también nos presentamos, ya que él nos llamaba gallegos, y de esta forma, dada su simpatía y que ya nos conocíamos de varios encuentros anteriores, fue normal que ya continuáramos juntos desde ese momento, además él viajaba solo y aquellos campos de Castilla se hacían interminables sin compañía.

Proseguimos el viaje y enseguida dejamos atrás a la catalana, nos llamaba mucho la atención los pequeños pueblos que cruzábamos por Castilla, pueblos de piedra y adobe y que tenían iglesias hermosísimas y de tamaño descomunal para los pocos vecinos que debía de haber en aquellos lugares, pronto llegamos al antiguo monasterio de San Antón, un hito en el camino, entre sus ruinas hay que detenerse a verlo, sellamos en el albergue que se encuentra allí y nuevamente apareció la catalana, cuando estábamos viendo aquello, ¡esta chica es admirable! Le pedí al hospitalero que nos hiciera una foto de recuerdo a todos juntos allí en las ruinas de la antigua cripta.



Una vez más arrancamos los tres, por delante de la catalana, y seguimos pedaleando a buen ritmo, el Camino daba para todo, unos ratos de andar y darle caña a las bicis, otros de charlar en paralelo y en definitiva intentar romper la monotonía de aquellas largas pistas de tierra que cruzaban campos vacíos de vegetación y donde un lugar se parecía a cualquier otro dejado atrás.

Cruzamos Castrojeriz y al cabo de un rato nos encontramos con la soberbia figura del alto de Mostelares delante de nosotros.

Era chocante aquel pequeño monte en medio de aquella llanura y precisamente el Camino lo atravesaba, o sea que había que subirlo, sus rampas eran exigentes y desde abajo se veía la cadena de peregrinos ascendiendo por ellas. Iniciamos la subida y una vez más Juan nos dejó enseguida, continuamos Julio y yo a nuestro ritmo que es muy semejante y nos permite subir juntos, llevaríamos un tercio de la subida hecha cuando de repente le rompió la cadena a Julio con lo que tuvimos que echar pie a tierra y subir empujando las bicicletas.

Al llegar a la cima encontramos a Juan y nos pusimos manos a la obra o mejor dicho



manos a la grasa por que Julio se las puso perdidas, menos mal que él llevaba un troncha-cadenas para repararla por que de lo contrario hubiera quedado tirado, esto desató una polémica sobre lo que hay y lo que no hay que traer al camino, pero desde luego le dijimos a Julio que no se puede afrontar una prueba como esta con una cadena de nueve años de antigüedad, el caso fue que Julio no sabía que las cadenas se cambiaban cada 4000 Km por que estiran con el uso y dañan los piñones.

Una vez reparada la bici de Julio, nos comimos una barritas energéticas y acabamos los últimos hojaldres, a los que ya habíamos metido mano varias veces desde Roncesvalles y que resultaron ser una gran compra, seguimos hacia Itero de la Vega donde paramos a comer unos bocadillos. Entramos en una tienda y Juan pidió un bocata de tortilla de atún y yo uno de tortilla de patatas, cogimos también dos Coca-colas, dos manzanas y dos peladillos.

Salimos afuera a comerlos y nos sentamos placidamente en tres sillas pegadas a la pared del local, se estaba de maravilla allí, ¿quien se acordaba de las desagradables jornadas de lluvia?.

Los bocadillos estaban buenísimos y pronto dimos buena cuenta de ellos y de repente apareció otra cara conocida, era Quiles, el ciclista que partió de Roncesvalles cuando lo hicimos nosotros y que iba con Roberto, el de Ferrol, en una auto-caravana. Nos extrañó verle solo y le preguntamos por Roberto, nos comentó que sufrió una tendinitis en la rodilla y que tuvo que abandonar el día anterior, por tanto seguía el Camino solo.

Evidentemente Quiles se unió a nosotros y ya éramos cuatro a seguir la etapa, desde Itero de la Vega el Camino era una pista de tierra paralela a la carretera y con mojones de piedra señalizándolo con la vieira cada 500 metros, por lo menos, pronto formamos dos parejas y Juan que tenía ganas de marcha y veía que yo tenía compañía en la persona de Julio empezó a tirar seguido de Quiles, yo le decía a Julio que Quiles no sabía donde se metía pues aunque Juan llevaba un gran peso atrás y Quiles no llevaba nada, por llevar coche de apoyo, no le iba a dar hecho a Juan por que este era una máquina.

Pronto los perdimos de vista y durante kilómetros rodamos juntos Julio y yo charlando un poco de todo, fue muy amena su compañía y la verdad es que me simpatizó bastante, ¡un gran chaval este Julio!.

Al llegar a Boadilla del Camino nos estaban esperando los dos y el primer comentario de Quiles fue decir que le avisáramos de no volver a tomar la rueda de Juan nunca más, yo me reí y le dije a Julio ¿qué te había dicho yo?, estaba Quiles tan colorado y sudoroso que parecía que hubiera comido unos callos picantes.

Al poco rato de reiniciar la marcha Juan pinchó y poco después paramos en una zona arbolada, en donde había también una fuente, a reparar el pinchazo y mientras Juan reparaba la rueda fui a llenar los bidones, cuando retorné junto a los otros me volví hacia la fuente y mi sorpresa fue mayúscula al ver llegar a la catalana ¡que tesón el suyo!. Juan reparó la rueda, que para colmo fue la trasera, la que más trabajo da debido a las mochilas que hay que quitar y volver a poner de nuevo, y al poco de seguir paramos en un bar para tomar un café.



Seguimos hacia Fromista, cruzamos el canal de Castilla, donde paramos a verlo y hacer una foto, poco después llegamos a esta población sin haber visto de nuevo a la catalana, lo que sugiere que nos adelantó mientras tomamos el café y llegó antes que nosotros al pueblo, donde ella pensaba quedarse y donde también se quedaría Vicente, esto nos recordó el cuento de la liebre y la tortuga.

Desde Fromista hasta Carrión de los Condes, unos 28 Km, el Camino seguía igual, una inacabable pista de tierra, paralela a la carretera y plagada de mojones indicativos del Camino que había que esquivar para no comértelos, y pensar que en otros lugares costaba trabajo encontrar una señal. Esto hacía que el ritmo de marcha fuera intenso y avanzábamos a una velocidad considerable, yo no sé si fue eso, unido a los altos desarrollos que movíamos para mantener esta marcha, el caso fue que me empezó a doler la rodilla, la mala, la que tengo operada, y esto me hizo preocuparme mucho por que aún estaba reciente lo que nos contó Quiles de Roberto, que le hizo abandonar, y yo empecé a temerme algo así y que no pudiera continuar, esos kilómetros hasta Carrión fueron un continuo sufrimiento, tanto físico por el dolor, como mental por la preocupación de que no aguantara mi rodilla más, pero no dije nada y mantuve el ritmo de marcha de los demás.

Llegamos a Carrión y fuimos al albergue a sellar, finalmente no pudimos por que salió el hospitalero y no le esperamos, Quiles se quedaba aquí ya que había quedado con Roberto y las mujeres en este pueblo, como final de etapa, ellos le esperaban en el camping con la caravana. Antes de separarnos fuimos a tomar unas Coca-colas juntos, las Cocas son la gasolina del ciclista por su alto contenido en glucosa y no hacemos otra cosa en las paradas que tomarlas para reponer este elemento tan importante para los músculos.

Finalmente nos despedimos de Quiles, yo ya les había contado lo de mi rodilla y albergué dudas de continuar o quedar allí pero finalmente decidí continuar hasta Calzadilla de la Cueva, como proponían Julio y Juan, a Quiles ya no lo vimos más.

El Camino desde Carrión hasta Calzadilla era otra pista de tierra pero muy pedregosa lo que hacía de aquellos Kilómetros un continuo vibrar sobre el sillín, mi rodilla se calmó durante el tiempo de descanso en Carrión, esto me tranquilizó ya que indicaba que podía ser un sobre-esfuerzo pero no una lesión, me empezó a doler otra vez en aquellos últimos kilómetros pero yo esperaba que con descanso, en el albergue, se pasaría.

Fueron 12 Km pero hubo de todo, primero volvió a pinchar Juan, esto le puso como una moto pero es que dos pinchazos en un día eran sospechosos de que hubiera problemas en la rueda, finalmente para rematar volvió a romper la cadena de Julio, esto ya era peor en cada rotura había que retirar un eslabón y empalmar, no era posible estar eliminando continuamente eslabones si seguía rompiendo, empezaba a ser importante encontrar un sitio donde cambiar la cadena.

Llegamos a Calzadilla y nos encontramos con un pequeño pueblo en tierra de campos, en Palencia, eran unas pocas casas y el albergue estaba a la entrada del pueblo, sellamos y pagamos 5 € cada uno, nos indicaron que podíamos dejar las bicis en un patio que había en la parte trasera del albergue, entramos dentro con las bicis, ya que había que acceder al interior del albergue para luego salir por una puerta a ese patio trasero, y cuando salimos al patio nos quedamos de piedra, en el centro del patio había una maravillosa piscina, en cuyos bordes se sentaba algún peregrino con los pies dentro para refrescarlos, rodeada de un campito de césped donde había algún que otro peregrino, tumbado, aprovechando los últimos rayos de sol del atardecer, ¡increíble!.

Volvimos a repetir la diaria secuencia de descabargar las mochilas para dejar las bicis amarradas y tomar posesión de una cama en interior, en el segundo piso, cogimos las tres camas superiores de tres literas contiguas, nos duchamos, las duchas son un poco engorrosas ya que el baño es compartido por hombres y mujeres y no puedes por tanto salir desnudo de la ducha, con lo cual te tienes que llevar adentro la ropa que vas a poner y tener cuidado de no mojarla, después nos fuimos a tomar algo y cenar.

Solo había un bar en el pueblo donde daban comidas, se encontraba a la salida del pueblo, por el otro lado opuesto al albergue, era un hostel y restaurante. Tomamos unas cervecitas sentados en una mesa y mientras Julio y Juan charlaban yo escribí la crónica del día, posteriormente dimos un paseo alrededor, volvimos por el albergue y comprobamos que nuestra planto no se llenó, íbamos a ser pocos arriba, una docena como máximo, abajo estaba todo lleno, unos 40 peregrinos.

Volvimos al hostel para cenar sobre las 21:00, cenamos ensalada de garbanzos y carne guisada, Juan pidió conejo, nos cobraron 9 € cada uno. Era ya de noche cuando llegó una pareja de ciclistas al hostel, un hombre y una mujer, llevaban en la bici un perro en una cesta, hay que tener amor por los animales para hacer el Camino cargado con un perro y teniendo que ir siempre a hostales por que en los albergues no aceptan animales y me imagino que en muchos hostales tampoco, también es arriesgado circular de noche con linternas en las bicis.

Después de un rato de charla en el patio del albergue, sentados, próximos a la piscina y con una temperatura nocturna estupenda, nos fuimos a las 23:00 para la cama.

ETAPA 5 (10/9/2004): CALZADILLA DE LA CUEZA – HOSPITAL DE ÓRBIGO (118 Km)

Lo de dormir en el Camino empieza a ser un problema, yo en mi casa caigo en cama y ya me quedo dormido al instante y aquí no cojo el sueño ni por asomo, esta noche pasé frío y calor, tenía la ventana al lado y estaba abierta por culpa de que en el interior hacía calor, si me tapaba tenía calor y si me destapaba, junto a la ventana, hacía más bien fresquito, al final lo sentí por los demás pero tuve que arrimarla algo.

Nos levantamos y, como siempre, nos vestimos, recogimos todo y después de preparar las



bicis, arrancamos a las 8:15, no sin antes hacernos una foto en el albergue de recuerdo. Lo primero fue ir al hostel a desayunar para seguidamente empezar la etapa del día que preveíamos que sería la última con Julio ya que él había quedado en León con su mujer para pasar esa tarde y el día siguiente juntos, sábado, y arrancar de nuevo el domingo. Nosotros, al ritmo que estábamos rodando, el domingo ya estaríamos en tierras gallegas, el destino nos reservaba aún otra sorpresa, una más de las que tuvimos en el Camino.

Estábamos rodando muy bien y haciendo etapas más largas de lo que yo esperaba, ello permitía que paráramos todos

los días entre las 18:00 y las 18:30, buena hora para detenerse y sin ser muy tarde, en donde nos pillara esa franja horaria y hubiera un albergue allí nos quedábamos, aunque intentábamos ponernos una meta y cumplirla, la meta para hoy, después de dejar a Julio en León, era llegar a Hospital de Órbigo.

Le dimos fuerte y en una hora hicimos los 22 Km que nos separaban de Sahagún, y aunque este pueblo ya era de la provincia de León, el Camino seguía siendo muy parecido al que veníamos haciendo desde que entramos en la provincia de Palencia por Itero de la Vega, largas pistas de tierra, casi siempre paralelas a la carretera, que permitían manejar amplios desarrollos y avanzar mucho.

En Sahagún fuimos a sellar al albergue municipal y a continuación buscamos y localizamos un taller de bicis donde hacer reparaciones, Julio sustituyó la cadena, engrasó la bici y ajustó el cambio, le cobraron 12 €, Juan reparó las dos cubiertas que traía pinchadas y yo reparé un piñón que traía suelto, el más pequeño, engrasé y ajusté el cambio, me cobró por lo de Juan y lo mío 5,20 €, el chaval controlaba del tema y nos atendió en poco tiempo, fue una suerte localizar aquel taller. Tomamos un café en la plaza y rápidamente seguimos camino.

Salimos de Sahagún con las bicis nuevas, Julio ganó mucho en confianza ya que desapareció la preocupación por romper de nuevo la cadena, y le zurrámos fuerte de nuevo a las bicis, el terreno también hacía fácil el pedaleo y seguíamos circulando por pistas de tierra largas, rectas, sin demasiados desniveles y siempre paralelas a la carretera. Las flechas amarillas nos sacaban del Camino solo para meternos dentro de los pueblos y sacarnos por el otro lado de nuevo al Camino, esto cabreaba a Julio que decía que era una pérdida de tiempo y Juan lo justificaba diciendo que aquella gente de los pueblos ganaba un duro con los peregrinos que lo cruzaban, si hacían algún gasto en comprar algo.

A la entrada de Mansilla de las Mulas Juan pinchó por tercera vez en la rueda trasera, creí que zapateaba la bici de lo mal que le sentó, pero finalmente se calmó y reparó el pinchazo, Julio le dio una cubierta nueva por si volvía a pinchar, yo le inflé la rueda y después de colocar las mochilas en su sitio entramos en el pueblo.

Compramos, en una tienda situada en una plaza, una barra de pan, 8 lonchas de jamón cocido, 8 de queso en barra, dos Coca-colas y 4 peladillos. Nos hicimos los bocatas allí mismo sentados al solecito en un banco de la plaza, después de un rato al sol nos mudamos a otro banco a la sombra de un árbol, ya que a Juan no le estaba gustando lo de estar sentados al sol, él piensa que aquel día cogió el catarro con el que luego llegó hasta Santiago.

Tomamos un café y nos pusimos en marcha de nuevo, salimos a toda pastilla y pronto me distancié de Julio y Juan con tan mala suerte de que por ir mirando para atrás a ver si los veía venir me caí y me hice bastante daño en la cadera y en la muñeca derecha, ninguno de estos dos sitios me dejó de doler el resto del Camino hasta Santiago, lo peor era la muñeca pero no pudo impedir que yo terminara lo empezado, cuando llegaron hasta donde estaba me encontraron en

el suelo dolorido y cabreado por una caída tan tonta ya que si hubiera parado a mirar no hubiera pasado aquello, con aquella caída ya íbamos 5-2.

Llegamos a León sin otros contratiempos, cruzamos la ciudad y nos dirigimos al albergue donde coincidimos con unos peregrinos gallegos, eran dos ciclistas de Vigo, tras sellar las cartillas continuamos camino hacia Virgen del Camino, el pueblo donde Julio había quedado con su mujer.

El trayecto hasta Virgen del Camino era todo por carretera, atravesando polígonos industriales y zonas comerciales de la periferia de León con lo que era poco atractivo pero peligroso por el tráfico. Llegamos a Virgen del Camino y Julio se reunió con su mujer, nos la presentó y tras decirle entre risas que la entrega "del paquete" se realizó con éxito nos hicimos una foto de recuerdo, pensábamos en que ya no lo veríamos, y nos despedimos, no sin pena por que había sido un buen compañero de marcha las dos últimas jornadas.



después de dejar a Julio en buenas manos reanudamos la marcha pues a nosotros todavía nos quedaban 30 Km para llegar a Hospital de Órbigo e incluso nos planteábamos la posibilidad de poder llegar a Astorga ese día.

Salimos de Virgen del Camino por una zona poco atractiva de caminos de tierra por zonas despobladas o en obras y llegamos a Oncina de la Valdoncina donde al inicio de una fuerte pendiente me paré en una fuente a llenar el bidón de agua y cuando reanudé la marcha, entre la parada y lo que me sacó Juan en la subida, Juan me había sacado una ventaja que ya no recuperé en el resto del trayecto.

Hasta Hospital de Órbigo fue un continuo pedalear a un ritmo bastante fuerte por una combinación de carretera local y pistas de tierra entre campos de cultivo, sin apenas tráfico, cruzando pequeños núcleos de población y con una distancia de, aproximadamente, 200 metros siempre entre los dos, con lo que este trayecto se puede decir que lo hicimos los dos solos, incluso cuando acabamos la etapa le pregunte a Juan si se había incomodado conmigo o le pasaba algo por no haber ido juntos, pero para mi tranquilidad me comento que no, simplemente había querido dar un poco de marcha para ver si llegábamos a Astorga, lo que al final no conseguimos.

Entramos en Hospital de Órbigo y lo cruzamos por su puente llamado "el paso honroso", vimos unos tres albergues, el parroquial antes de cruzar el puente, el municipal desde el puente a la derecha junto al río y el último, privado, cuando salíamos del pueblo hacia Astorga a la izquierda, al llegar al final del pueblo nos encontramos con un cartel que nos daba a elegir dos opciones, de frente a Astorga por carretera 12 Km, a la derecha a Astorga por el Camino 14 Km.

Yo le dije a Juan que era muy tarde para meterse al Camino, según la guía era un tramo exigente y con zonas trialeras, si seguíamos a Astorga tenía que ser por carretera para llegar antes del anochecer y sin percances, Juan dijo que él no iba por la carretera así que decidimos hacer noche allí para continuar al día siguiente por el Camino, así fue como dimos vuelta y nos quedamos en el último albergue que habíamos visto, que se encontraba más cerca de la salida hacia Astorga.

La entrada en el albergue fue muy acogedora, nos trataron con una amabilidad fuera de serie, sellamos y pagamos 9 € cada uno, con el desayuno del día siguiente incluido, el albergue se llama San Miguel y es completamente nuevo ya que lo inauguraron en el mes de mayo, dejamos las bicis en la entrada atadas a una columna debajo de la escalera de subida al primer piso, y cuando nos descalzamos para poner las chanclas y subir arriba, no se permitía andar con

botas por el piso superior, uno de los hospitaleros me recogió las botas y las llevó a un armario junto a la entrada, atención al máximo.



Las instalaciones eran estupendas y los dormitorios y aseos muy bien acondicionados y todo muy nuevo, tomamos posesión de una litera, Juan arriba y yo abajo, colocamos los sacos y nos duchamos.

después de vestirnos fuimos a dar un paseo por el pueblo, lo primero fue buscar una farmacia para comprar una pomada para mis dolores de muñeca, cadera y rodilla, aunque esta última no me había vuelto a molestar desde Carrión de los Condes pero más vale prevenir, también compré una muñequera y Dormidina para Juan, esta noche pienso tomar una de esas, a ver si por fin duermo.

El pueblo es precioso y su puente una maravilla, todo en piedra y sujeto por arcos, una autentica joya en el Camino de Santiago, nos tomamos unas cervecitas en un bar y buscamos un sitio para cenar.

Cenamos en el patio trasero del bar Los Ángeles, que estaba acondicionado como comedor, en este lugar se estaba francamente bien, tenía varias mesas distribuidas por debajo de una cubierta vegetal y el ambiente era acogedor, había alguna que otra mesa ocupada por peregrinos extranjeros alrededor, comimos espaguetis y lomo con patatas, todos los días al acabar la cena tomábamos siempre una menta-poleo, pagamos 10 € cada uno.

Salimos del bar, después de escribir la crónica del día, hacía el albergue, me unté la pomada en rodilla, cadera y muñeca, finalmente me tomé la Dormidina y con un poco de suerte esta noche espero dormir, la muñeca me duele pero confío en que no impida que pueda manejar los cambios con normalidad.



ETAPA 6 (11/9/2004): HOSPITAL DE ÓRBIGO – VEGA DE VALCARCE (118 Km)

Para mí fue sin duda la etapa reina del Camino, la primera etapa me encontré falto de fuerzas, a pesar de hacer 81 Km, y fue la de toma de contacto, la segunda y la tercera fueron un tanto desagradables por el agua, que además nos hizo hacer bastantes kilómetros por carretera dado lo impracticable del Camino, pero sirvieron para coger forma y los kilómetros de carretera me favorecieron en que se rodaba muy bien y yo cogía fuerza en la bici, la cuarta y la quinta fueron etapas de rodar muy bien, de hacer muchos kilómetros y consolidar lo conseguido físicamente. Así llegamos a esta etapa, yo siempre había estado obsesionado con la cruz de ferro y hoy era el día en que había que subirlo y atravesar los montes de León, yo siempre había puesto en la planificación de esta etapa la llegada en Ponferrada, ya que me parecía una etapa muy dura, pero lo que hicimos hoy me pareció increíble sobre todo para mí ya que la fortaleza de Juan en una bicicleta es innegable.

Me sentí superior en la bici, como si pudieran echarme lo que quisieran, física y mentalmente estaba en la cresta de la ola, con mucha fuerza, con ganas de pedalear y de apretar los dientes y sacar humo a la bici aún después de 100 Km rodados, en todo lo que llevo andado, desde que practico ciclismo, nunca me sentí, ni pedalee como este día.

Nos levantamos a las 7:30, yo estaba pletórico, había dormido toda la noche de un tirón, no sé si fue la Dormidina, el cansancio acumulado o las magníficas instalaciones del albergue, pero el caso es que por fin dormí.

Después de vestirnos y recoger todo bajamos a desayunar, tomamos un magnífico desayuno compuesto de café con leche, pan con mermelada y mantequilla, galletas, zumo y fruta variada.

Arrancamos a las 8:30, llegamos al cruce donde nos detuvimos el día anterior, a la salida de Hospital de Órbigo, y naturalmente, tomamos el Camino malo, el de las pistas trialeras. Avanzamos en dirección a Astorga por una senda sembrada de piedras y con algunos puntos donde había que hacer alguna virguería con la bici para pasar, algo entonces me decía que iba a ser mi día, la facilidad con la que estaba



pasando por muchos sitios donde en días anteriores hubiera echado el pie a tierra y empujando la bici, la fuerza con la que subía por aquel terreno complicado me demostraba que había mejorado mucho desde que salí de Roncesvalles y el dominio de la bici tampoco era el mismo.

De Juan no hay que decir nada, él siempre está bien, su fuerza y dominio de la bici siempre están a punto para hacer una exhibición de poderío en cualquier momento, hacer el Camino con alguien así a veces puede ser frustrante, por que te sientes impotente para dar ese nivel que él exhibe

continuamente, pero luego te das cuenta de que esa fuerza y ese empuje te la contagia y acabas sacando de ti mismo lo que no pensabas que pudieras dar e intentas estar a su altura, aunque no lo consigas, pero tu esfuerzo encuentra recompensa en tus propios logros y eso te llena de satisfacción y solo es posible si pedaleas al lado de un crack.

Llegamos a Astorga y fuimos directamente en busca del albergue para sellar, nos tuvimos que enfrentar a unas cuestas con bastante pendiente para subir hasta la parte alta de la ciudad, donde se encontraba. Después de sellar las cartillas cruzamos el casco urbano pero no encontrábamos la flecha amarilla por ningún sitio, Astorga no está muy bien señalizado y es fácil perderse, desembocamos en una plaza donde había varios jubilados tomando el sol sentados o paseando.

Nos acercamos a un jubilado que estaba de pie, al lado de la calzada, y le preguntamos por el Camino de Santiago, el hombre nos empezó a explicar como teníamos que hacer para encontrarlo, la casualidad quiso que cerca de donde estábamos hubiera un banco en el que se encontraba sentado otro jubilado que al oír las explicaciones que daba el primero empezó a hacer gestos negativos con la cabeza y a intervenir, al primero no le gustó nada la intromisión del segundo y empezó a interponerse entre nosotros y el banco donde estaba sentado el otro para que no le prestáramos atención, al mismo tiempo que hacía gestos hacía atrás con su bastón para que el otro se callara y levantaba más la voz para que no se le oyera, esto provocó que el segundo interviniera levantando más la voz y haciéndome señas para que le atendiera mientras el primero se explicaba con Juan, de pronto nos vimos inmersos en una situación, a la vez que cómica, comprometida por que no sabíamos si atender a uno u a otro y los dos se desvivían por explicarnos, finalmente nos repartimos, Juan se quedó oyendo las explicaciones del primero y yo me acerqué al segundo, ante el evidente



regocijo del que allí estaba sentado y el disgusto del primero por prestar atención a este, en un momento nos encontramos sin poder arrancar por que se interponían como queriendo que nos quedara todo claro y la verdad es que con tanto lío cada vez lo teníamos menos claro, pues bien para complicar la cosa apareció un tercero queriendo dar su versión y esto hizo que el primero se volviera hacía él y empezara un debate en el que cada uno defendía su versión, momento que aprovechamos para darnos a la fuga después de que el segundo, con el que yo estaba, me dijera que no hiciera caso a los otros y que recordara lo que él me dijo, ¡impresionante!.

Por casualidad desembocamos en la plaza donde se encuentra la catedral y el palacio arzobispal, obra de Gaudí, contemplamos estas maravillas y dejamos la catedral a la izquierda para dirigirnos a la antigua N-VI en busca de la cafetería Madrid, de donde parece ser sale el Camino desde Astorga, llegamos al cruce de la nacional con la carretera de León y en la gasolinera, primero nos equivocamos y tomamos a la derecha pero preguntando ¡por suerte solo había un señor y nadie más cerca! retrocedimos, tomamos a la izquierda, recorrimos 50 metros y en la esquina de la cafetería Madrid cogemos a la derecha la carretera que nos llevará a los montes de León.

Enseguida las flechas amarillas nos sacan del asfalto para meternos de nuevo en pista de tierra, cruzamos un pequeño pueblo con la calle adoquinada donde paramos a llenar los bidones en una fuente y a escasos metros había un bar con varias mesas montadas en la calle y llenas de peregrinos que al pasar nos desearon suerte, durante este trayecto hasta pasar la cruz de ferro vimos muchísimos caminantes.



El Camino era una sucesión de pistas de tierra y andaderos que corrían paralelos a la carretera, por la que pocas veces pasaba un coche y a la que daban ganas de salirse por la cantidad de caminantes que dificultaban nuestro paso por los andaderos, cruzamos el Ganso, donde a la entrada nos vimos rodeados de un rebaño de ovejas que dificultaba nuestro avance, me tuve que detener y esperar a que terminaran de pasar, un poco más adelante Juan pinchó por cuarta vez y a la puerta de una especie de salón del Far-West, hecho para paradas de peregrinos, reparó de nuevo la condenada rueda trasera, aunque esta vez se lo tomó un poco mejor que en la entrada de Mansilla de la Mulas

donde casi se la come, una vez que se la inflé seguimos adelante.

Llegamos a Rabanal del Camino, en la subida por su calle principal, atravesada por el Camino de Santiago, Juan me toma ventaja, como siempre, y yo sigo a mi paso, de repente siento un golpe y echo pie a tierra, observo sorprendido que se ha soltado el portabultos de mi bici y ha caído al suelo con las mochilas puestas y va a rastro colgado de los dos tornillos que se encuentran cerca del eje de la rueda. Veo que el problema es que se ha ido el tornillo que aguanta el portabultos en la parte superior, por debajo del sillín, dejo la bici, que se sostiene sola con el portabultos en el suelo, y empiezo a buscar el tornillo, mi desesperación es grande ya que como no aparezca el tornillo y la tuerca no sé lo que voy a hacer. Un joven americano que viene se da cuenta de la situación deja su mochila en el suelo, cerca de mi bici, y se pone a buscar conmigo, pronto encuentra el tornillo entre las grietas del empedrado y se apresura a cogerlo y dármelo, pero la tuerca es otro cantar, va a ser como buscar una aguja en un pajar. Buscamos y buscamos y la tuerca no aparece, mi desesperación empieza a hacerse evidente y en esto la veo, pequeña pero brillante entre dos piedras de la calzada y al cogerla y enseñársela al americano con una amplia sonrisa triunfante, él se pone a saltar en medio de la calle y a gritar ¡good!, ¡good!, yo me reía por que la situación lo merecía, el simpático americano me dio la mano y continuó, me puse a colocar el tornillo y apareció Juan que se cansó de esperar y dio vuelta.

Continuamos y un poco más adelante vi al americano, del que me despedí al pasarlo con un ¡goodbye my friend! que le hizo reír y levantar la mano en señal de adiós, desde Rabanal se combina la carretera, muy poco transitada de coches y mucho de caminantes, con senderos entre

bosques de encinas con muchos troncos de árboles cortados sobresaliendo del suelo y hay que hacer maravillas para pasar entre ellos esquivándolos, subir y bajar los badenes que hace el sendero y no engancharse con la mochilas en ningún sitio ya que es estrecho el paso, paramos un momento junto a una alambrada por que me he caído al tropezar con un tronco cortado, no ha sido nada, pero aprovecho para beber y tomar dos barritas energéticas en previsión de lo que nos viene encima, hasta ahora esta siendo un recorrido precioso, entretenido, variado y también durillo.

Cruzamos el pueblo en ruinas de Foncebadón e iniciamos el ascenso hasta los 1500 metros que marca la cumbre donde se encuentra la cruz de ferro. Iniciamos la subida y pronto dejo de ver a Juan, es un sendero de tierra, en zonas estrecho, en otras más ancho, muy pedregoso, con rocas sobresaliendo de la superficie y en sitios piedras sueltas que hacen patinar la rueda, de rampas exigentes y otras menos, pero en general una subida muy larga y dura, la mayoría de los ciclistas observo que la hacen por carretera, nosotros nos hemos metido al Camino y me he propuesto llegar hasta arriba sin echar el pie a tierra, pronto tengo que apretar los dientes, las piernas me duelen en cada pedalada y el aire me falta en los pulmones, pero voy avanzando. En algunos sitios el sendero se cruza con la carretera y sigue por el otro lado de ella, en uno de estos puntos hay unos ciclistas, que suben por la carretera, descansando y al verme por el sendero me dan gritos de ánimo, cada vez mi organismo demanda más oxígeno lo que me hace jadear con fuerza, continuamente tengo que apartar a voces a los caminantes para que no me hagan detenerme y ellos se apartan rápido y casi siempre me dan gritos de ánimo, yo creo que valoran lo que es subir por ese sendero en bici, una de las veces me encuentro con cuatro mujeres por delante que al oír mis jadeos se vuelven y al verme se apartan de inmediato, dos se hacen a un lado y dos al otro, paso por en medio entre los aplausos de ellas y los gritos de ¡ánimo que tu puedes!, si no fuera por que bajar de la bici sería ya no poder volver a arrancar, las abrazaría para dar las gracias.



Casi llegando a la cumbre, en un falso llano, me encuentro con Juan esperando y cuando me dice que no es para tanto, cuando yo iba reventado y con los hígados fuera, por poco me derrumbo pero estaba tan orgulloso de mi "proeza" que decidí seguir por que ya me he dado cuenta de que no puedo juzgarle por considerar fácil, lo que para mi ha sido un ejercicio de fuerza y voluntad al límite, cuando para él no ha sido complicado no hace si no decir su verdad.



Llegamos a la cumbre y allí junto a la cruz de ferro, el más mítico de los monumentos del Camino, nos abrazamos, ya sé que lo puedo hacer, además a lo grande y que llegaré a Santiago. Mucho le debo a Juan haber llegado aquí y por ello agradezco, en lo que vale, la suerte de que sea el compañero de este viaje, con otro seguramente habría subido por la carretera, muy duro y penoso también, pero no creo que sintiera la sensación de poder y gloria que sentí por hacerlo por el camino y eso se lo debo a él, ¡gracias amigo!

Después de fotografiarnos en la cruz, dejar dos piedras en el montón y clavar el pin de nuestra empresa, la Autoridad Portuaria de Ferrol – San Cibrao, en el mástil de madera, iniciamos el descenso.

El descenso fue apasionante, el sendero era solo para cabras, yo dudo que el Camino fuera por allí, más bien pienso que ya podíamos con todo y donde veíamos

una corredera por ahí nos metíamos, estrecho, pedregoso y muy complicado.

Llegamos al Acebo, un pueblo precioso de montaña, todo de casas construidas en piedra y de calles con calzadas empedradas, localizamos una tienda, la de Josefina, y paramos a comer.

Josefina se desvivía por ayudar y servir a los peregrinos, así era que llevabas solo 10 minutos allí y ya levantaba pasiones, los chavales que comían afuera en una mesa hasta la hacían la ola, nos preparó dos bocatas de jamón serrano con tomate y queso curado riquísimos, decía que le encantaba hacer bocadillos pues había tenido cinco hijos y se había pasado la vida haciendo bocadillos y ahora que su marido se había jubilado y los hijos tenían su vida se había venido al Acebo a hacer bocadillos a los peregrinos; ella era de este pueblo pero había marchado con su marido para Madrid a trabajar, él fue taxista, ahora habían arreglado la casa familiar y hecho la tienda, así pasaban seis meses en el Acebo, los de mayor afluencia de peregrinos y más calor en Madrid, de mediados de Abril a mediados de Octubre, y seis meses en Madrid con los hijos, los de mayor frío en los montes de León. Si algo necesitabas y ella lo tenía en su casa te lo proporcionaba, dejaba ir a las chicas a su cuarto de baño, hacía café en su cocina, etc.

Tomamos los bocadillos en el exterior, de tertulia con una señora francesa muy afable y que estaba haciendo el Camino a una semana cada año, este año llegaban hasta Ponferrada y el año que viene lo terminaban con el trayecto Ponferrada – Santiago, nos comimos una manzana del manzano de Josefina y un peladillo, los peladillos han sido una fruta que generalmente hemos tomado todos los días por su alto contenido en agua y azúcar, hasta nos permitimos un cafetín allí, sentados en un banco de madera, apoyados en un muro de piedra al sol. Finalmente hubo que continuar pero antes cogí el sello de Josefina y lo planté en nuestras cartillas, era un recuerdo, nos despedimos de ella y de su marido y proseguimos nuestro Camino a Santiago.



La bajada hasta el llano seguía por la carretera, era un alucine, bajábamos a una velocidad de vértigo, con los chubasqueros puestos ya que había una neblina húmeda, como orvallando, que mojaba y hacía frío; el paisaje de los montes de León me ha impresionado, valles y quebradas de una belleza increíble, ¡volveré por aquí, no lo dudo!.

Desde aquí, hasta el final de la etapa, me cuesta trabajo recordar los detalles y las cosas que vimos pero es que fuimos, como decimos en Galicia, ¡a carajo sacado! hicimos un derroche físico espectacular que se plasmó en un rendimiento sobre la bici muy bueno.

Cruzamos Molinaseca y llegamos a Ponferrada, cruzamos sus calles, pasamos por delante de un castillo a toda pastilla y eso que era cuesta arriba, pero nos dio tiempo a ver su espectacular entrada con un arco de piedra muy bonito, nos metimos en una urbanización de casas de planta baja, calles arboladas y tranquilas, y salimos del pueblo hacia Villafranca del Bierzo.

El camino combina carreteras locales, que atraviesan pequeños núcleos de población, con pistas de tierra, e incluso alguna incursión en la antigua N-VI, atravesamos Camponaraya, Cacabelos y llegamos a Villafranca, subimos por la ladera del monte, que salva un túnel cuando se va por la carretera, en su mitad se haya el albergue, donde sellamos.

La etapa está siendo un continuo subir y bajar, me asombro de lo que estoy aguantando, después de cruzar el monte, tomamos la antigua N-VI y por ella llegamos hasta Vega de Valcarce sin haber hecho una concesión al ritmo ágil que traíamos.

En Vega de Valcarce nos quedamos, estamos en la falda de O Cebreiro, justo en el inicio de la subida, mañana empezamos la jornada subiendo y nada menos que el alto de O Cebreiro, la última gran cota que se interpone en nuestro Camino.

Entramos en el albergue y nos atiende un hospitalero amable y un tanto amanerado en sus gestos, pero otro ejemplo de buena acogida, atención al peregrino y devoción por el Camino. El hospitalero se llama Félix, nos sella las cartillas y nos firma con su nombre, nos cobra 9 € por el alojamiento y la cena, aquí cenaremos en el albergue con otros peregrinos.

Dejamos las bicis en un patio trasero, atadas con la cadena, subimos con las mochilas y los sacos a la planta alta donde se encuentran los dormitorios, nos toca un gran dormitorio, con unas 12 literas y tres camas bajas, solo para nosotros dos ya que los demás peregrinos ya estaban acoplados en otros más pequeños que este. Cogemos dos de las camas bajas, deshacemos las mochilas, colocamos los sacos en las camas y vamos a ducharnos, las duchas no son gran cosa, las peores de lo que llevamos hasta ahora, pero las del día siguiente le darán mérito a las de hoy, el aseo es estrecho y se encuentra fuera del albergue, entrando por el patio.

Una vez vestidos vamos a tomar unas cervecitas al bar que hay en el propio albergue, estamos un rato de tertulia con Félix y a las 21:00 toca la campana para avisar de la cena. La cena fue tremenda, de primer plato lentejas, de segundo plato ensalada mixta, muy completa, de tercer plato espaguetis a la carbonara y de postre melocotón en almíbar, todo en abundancia y acompañado de un vinillo tinto de la tierra muy bueno ¡colosal!



Fue muy agradable la compañía de los demás peregrinos, y de Félix, en la cena así como la tertulia que se originó sobre todo con una pareja joven, de vascos, que estaban frente a nosotros y que también iban en bici pero por la carretera.

A las 22:30, aproximadamente, nos fuimos para cama, la jornada de mañana será de aúpa.

ETAPA 7 (12/9/2004): VEGA DE VALCARCE – PORTOMARÍN (83 Km)

He pasado frío esta noche, he vuelto a tener el mismo problema de otras noches, el saco es muy caliente y si lo tengo abrochado paso calor, entonces lo desabrocho, saco los brazos afuera y entonces paso frío, en estas maniobras se pasa la noche y duermo regular.

Juan ha amanecido con un catarro tremendo, ya ayer se acostó un poco tocado pero hoy ha amanecido claramente acatarrado y tiene una moquera considerable. Mirando por allí, por que parecía que había corriente, Juan comprobó que habíamos dormido con dos ventanas abiertas, una en cada lado de la estancia, y que tapadas por las cortinas nos pasaron desapercibidas, ¿cómo no iba a hacer frío y pillar Juan aquel catarro? ¡vaya faena!

Nos hemos vestido, recogido todo en las bolsas y a su vez estas en las mochilas, cuando hemos bajado solo está en el albergue la pareja vasca, es lógico siempre salen los últimos los que van en bici. Hemos desayunado juntos, amenizados también con la charla de Félix, pan tostado con mantequilla y mermelada, galletas y café con leche, pagamos 5 € por los dos.

Nos fuimos al patio a preparar la bici y aún charlamos un ratito con los vascos, nos dijeron que así cualquiera ¡con unas Orbea!, nos despedimos de ellos y salimos, no sin antes tener yo una caída tonta en el mismo patio al enganchar los pies en los pedales automáticos, ¡vaya comienzo!, eran las 9:30 cuando emprendemos la subida al Cebreiro, Félix nos dijo que subiéramos por carretera hasta la Faba y que allí cogiéramos el camino hasta O Cebreiro, así que cogimos la carretera y empezamos a subir.

Pronto se hizo patente que aquella subida no iba a ser un paseo en bici, la subida se fue endureciendo poco a poco empecé con el plato pequeño y el quinto piñón, al cabo de un poco ya bajé al cuarto, aguanté bastante con este desarrollo pero la pendiente seguía endureciéndose y acabé bajando al tercero, subí otro buen rato así pero a base de empuje, ya que las piernas me estaban diciendo que aquello ya empezaba a ser una pasada, baje al segundo cuando ya era evidente que lo iba a pasar mal y de repente me encontré con unas rampas de una dureza increíble que me obligaron a meter el último piñón y ya no levante cabeza en toda la subida, fue pedalear como pude con todo el desarrollo metido y sufriendo como un cosaco.

En ningún sitio vimos el cartel indicador a la Faba así que seguimos y seguimos hasta llegar a Piedrafita do Cebreiro, allí cogimos el desvío que seguía en ascenso hasta la aldea de O Cebreiro, punto final de la subida, Juan primero se distanció, como siempre, y me esperó antes de entrar en Piedrafita. En la continuación de la subida hasta O Cebreiro se volvió a distanciar y ya no lo vi hasta el mismo alto de O Cebreiro, donde me esperó antes de entrar en la aldea.

La subida a O Cebreiro fue terrible, me agotó bastante y condicionó mi marcha el resto del día convirtiendo esta jornada en una parecida a la primera, cuando salimos de Roncesvalles, una agonía, finalmente no vimos el letrero de la Faba y en vez de hacer 8 Km de Vega de Valcarce a O Cebreiro por el Camino, hicimos 18 Km por la carretera ¡mira que gracia hicimos!, el dato de la dureza de este recorrido fue que tardé 2:15 horas en hacer estos 18 Kilómetros ¡una pasada!



O Cebreiro parecía un mercadillo, y estaba lleno de autocares de los que bajaban grupos numerosos de excursionistas, sobre todo de la tercera edad, había que abrirse paso a base de solicitarlo en voz alta y la gente nos miraba como un espectáculo más de la aldea ¡mira, mira, son peregrinos!.

La aldea es muy bonita pero no me gustó en lo que se había convertido, un autentico circo; fuimos a sellar a la iglesia y nos pusieron un sello precioso, el más bonito del Camino.

Hemos tomado un café, he hecho unas compras para mis hijos y mi mujer en una de las numerosas tiendas que venden recuerdos en la aldea y seguidamente escapamos de aquel alboroto. El recorrido continua con un pequeño tramo de carretera para enseguida entrar en las correoiras gallegas, senderos empinados y llenos de piedras, ramas y cuantas dificultades se pueda imaginar para complicar el rodar de las bicis.

Pronto iniciamos la subida al alto de Poio, otra dura experiencia, una pista corta pero muy trialera y empinada, para a continuación iniciar la larga bajada hasta Triacastela. La bajada es complicada conviene no despistarse de lo que se va haciendo ya que es siempre por caminos donde cuando uno menos se lo espera aparece una piedra gorda, una raíz que sobresale del suelo, piedras sueltas o cualquier otro elemento que puede hacernos dar con los huesos en el suelo, los frenos hay que tenerlos a punto ya que durante bastantes kilómetros no se sueltan del todo, yo acabé con los brazos y manos dormidos en muchas ocasiones de la tensión de las manetas, pero si no aprendí algo de Mountain-bike ya no aprendo nunca, ¡que pasada de bajadas!, otro inconveniente, desde que entramos en Galicia, son las vacas o mejor dicho las bostas de vaca, todas estas correoiras por las que circulamos también son los senderos habituales por los que se mueven las vacas y están llenos de bostas, es muy difícil escapar de todas y siempre vas engancho alguna, al final llevas las piernas, la bicicleta y hasta el bidón de agua, manchadas de este desagradable elemento.

En Triacastela paramos a comprar en un supermercado, como siempre una barra de pan, jamón cocido, queso en barra y peladillos, además de las acostumbradas coca-colas. Comimos a la puerta del albergue del pueblo, donde por cierto sellamos, ya que había unos bancos a la sombra de unos frondosos árboles y se estaba muy bien.

A la salida de Triacastela seguimos bajando por corredeiras imposibles, pero desde luego hay que reconocer que la Galicia del interior es impresionante, su vegetación exuberante, sus ríos, sus valles, los pueblos y aldeas perdidos en las laderas de los montes que cruzamos, poblados de cuatro casas viviendo de las vacas y que no aparecen en ningún mapa pero que existen y son increíbles, llegamos a un punto en que tenemos que elegir entre coger a la izquierda e ir por carretera a Sarria pasando por Samos o bien a la derecha por senderos y corredeiras hasta Sarria por el interior, Juan no lo duda y coge a la derecha, lo que vino a continuación fue un revivir el primer día, de nuevo sube y baja continuamente sin descanso, ahora empuja, ahora sube, ahora frena seguido para no ir contra el suelo, piedras y piedras, e incluso vadear pequeños arroyos, esta zona denominada San Xil casi acaba conmigo, yo no sé la cantidad de caseríos y pequeñas aldeas que cruzamos por el interior de Lugo.

Después de San Xil subimos el alto de Riocabo, ya me parece reiterativo lo de decir otra dura prueba pero es verdad ¡qué le voy a hacer!, Pero Juan como si nada, es desesperante ver su entereza, hay que ser de otra pasta yo ya le digo que no es de este mundo y eso que lleva un catarro de campeonato. La bajada de Riocabo es un tobogán pero lleno de tramos trialeros donde si no andas atento te das una buena torta y eso me pasó un par de veces, cuando acabamos la etapa el computo final de nuestra liguilla particular de caídas era ya de 8-3, a mi favor ¡claro esta!, hay que andar fino para bajar por esas corredeiras a esa velocidad, aguantando de los frenos e inmersos en un continuo botar por las irregularidades del terreno, las bicis se portaron de primera.



En una de estas caídas me salió disparada la cámara de fotos y cayó en el barro, boca abajo, me apresuré a limpiarla y parece que funciona pero la tapa del objetivo falla mucho, a ver si se arregla poco a poco, ha debido coger suciedad, la pruebo haciendo una foto a Juan que se aleja de donde yo estoy sin enterarse de la movida.

Llegamos a Sarria y subimos a la parte alta en busca del albergue, donde sellamos, y un poco más adelante nos tomamos un café, afuera hay una fuente donde nos lavamos, nos quitamos el polvo y los restos de bostas, llenamos los bidones e incluso yo lavo el casco por que Juan me dice que es una guarrada el casco que llevo, todo lleno de barro, ¡pues es verdad!, no lo puedo negar, el casco habla por sí solo.

Salimos de Sarria camino de Portomarín, ya llevamos 68 Km y voy mas cansado que algunos días de atrás con 100 Km.

El trayecto de Sarria a Portomarín es un calco de lo anterior, es una continua sucesión de aldeas, establos, casas de piedra, corredeiras y cruceiros. Las corredeiras son en su mayoría de piedras y a veces es necesario, por lo menos para mí, caminar con la bici empujando y no intentar vencer las grandes irregularidades de estos caminos para vacas; pero insisto en que la belleza de esta Galicia interior cautiva. Tengo que reconocer que en la jornada de hoy Juan ha tenido mucha paciencia conmigo ya que me ha tenido que esperar muchas veces e ir a un ritmo que no es el que a él le gustaría, una vez más se lo agradezco de veras.



Por fin llegamos a Portomarín y a su puente sobre el Miño, lo cruzamos y la

población nos recibe con una considerable subidita hasta la parte alta, donde se encuentra el albergue, en el albergue no había plazas y yo estaba demasiado cansado, después de 83 Km rompe piernas, para seguir por lo que la única alternativa posible es dormir en el polideportivo.

Llegamos al polideportivo, que por fuera es un precioso edificio de piedra que nunca imaginaría que alberga una pista deportiva, entramos y un ciclista que estaba reparando la bici nos dice que hay una señora encargada de aquello a la que hay que dar un euro por abrir las duchas pero que ahora no estaba y lo demás es simplemente cogerse una colchoneta y buscarse un sitio en la pista donde tumbarse. Dejamos las bicis amarradas con la cadena, a una canasta de baloncesto, en la entrada; entramos en la pista, con las mochilas y los sacos, cogemos una colchoneta cada uno y nos vamos a una esquina, en aquel momento no habría más de 12 peregrinos dentro y unas 6 bicis en la entrada, llegaría a haber más de 15 bicis y unos 30 peregrinos durmiendo en la pista por la noche.

Nos sentamos, con paciencia, a esperar por la señora para ducharnos; después de un rato Juan se desespera y sale afuera mientras yo me quedo sentado en la colchoneta esperando, aquí ocurrió lo inesperado, la sorpresa del día y fue que apareció Juan de vuelta acompañado de Julio, ¡no lo podía creer!, lo dejamos hace dos días en Virgen del Camino con su mujer y ahora nos aparece en Portomarín, una vez pasada la sorpresa inicial y la tremenda alegría de verlo y de plantearnos entrar en Santiago los tres juntos, nos cuenta su aventura.

No descansó el Sábado como tenía pensado, pasó con su mujer la tarde del viernes y la mañana del sábado hasta las 11:00 en que arrancó de nuevo de Virgen del Camino, donde le habíamos dejado el día anterior, ya le podía más que otra cosa el gusanillo del camino y tenía esperanzas de alcanzarnos para entrar juntos en Santiago, pedaleó siempre por carretera para avanzar más rápido hasta Cacabelos, donde durmió el sábado, había intentado hacer la bajada de la cruz de ferro por el Camino pero tuvo un reventón en una rueda que le condicionó aún más a venir por carretera ya que tenía miedo de que no aguantara, por el Camino, el remiendo que hizo en la cubierta con cinta americana. El domingo por la mañana salió de Cacabelos y siguió por la carretera a toda pastilla, el hecho de venir por carretera, que le hizo avanzar mucho, y un más que afortunado azar que le hizo parar en Portomarín propició de nuevo nuestro encuentro, para alegría de los tres.

Julio cogió una colchoneta y se colocó junto a nosotros, por fin apareció la señora y tras pagarla un euro, cada uno, nos abrió para ducharnos, las duchas eran muy cutres y la señora muy pesada pues era pegajosa como una lapa, pero estábamos limpios y alegres, menos Juan que no podía olvidar su tremendo catarro, que iba a más.

Salimos a dar una vuelta y lo primero fuimos a tomar unas cervecitas, estábamos sedientos y hacía calor, después nos dirigimos a la cruz roja, a ver si podían darle algo a Juan para ese catarro, pero le dijeron que solo curaban heridas y contusiones, buscamos una farmacia y compró Frenadol, seguidamente fuimos a dar una vuelta para ver el pueblo y hacernos unas fotos.

Julio hizo unas compras de recuerdos para la familia y luego fuimos a tomarnos otras cervecitas, que no se diga que el Camino solo es reconfortante para el espíritu.

Fuimos a cenar, muy cerca de la plaza donde se encontraba el polideportivo, el concello y la iglesia, cenamos espaguetis, ternera asada con arroz blanco y natillas por 7,5 €.



Regresamos al pabellón, ya hay un buen número de bicicletas en la entrada y bastante gente dentro, los más rezagados ya no han pillado colchoneta, y nos disponemos a dormir pero antes escribo la crónica del día con la libreta en el suelo.

¡MAÑANA A SANTIAGO!

ETAPA 8 (13/9/2004): PORTOMARÍN – SANTIAGO (97 Km)

Nos levantamos a las 7:00, no he dormido muy mal para haberlo hecho en el suelo, pero he tenido frío, no sé si no empezaré yo también con catarro, Juan sigue hecho polvo por culpa del suyo, cada vez mas moquera y tiene mucha congestión.

Nos vestimos y recogemos todo, es la última vez que tengo que juntar la ropa de salir por un lado a una bolsa, la de ciclista por otro a otra, la ropa sucia a otra, guardar las chanclas en otra, los tenis de salir en otra, etc, y luego todo a la mochila, repartir el peso y guardar las cosas pequeñas por los bolsillos, en fin creo que echaré de menos este trajín.

Ya había ciclistas afuera acabando de colocar las mochilas en las bicis y preparándose para salir, hicimos lo propio, antes de salir fuimos a desayunar a una cafetería que estaba allí cerca.

Salimos de Portomarín a las 9:00, como Julio tiene un reventón en la cubierta de la rueda delantera no podemos, de momento, coger el Camino para no agravarse el problema.

Rodamos durante 27 Km por carretera, hasta Palas de Rei acompañando a Julio, lo único destacable fue la subida a Ventas de Narón, hoy nos encontramos pletóricos yo he recuperado todas las fuerzas y ruedo como una moto. No sé si es la cercanía de Santiago lo que nos hace volar en las bicis, incluso la subida la hacemos a un ritmo envidiable, aunque vamos por la carretera no echamos de menos el Camino pues desde Portomarín es un andadero que corre paralelo a la carretera y que vamos contemplando todo el tiempo, así como los peregrinos que lo transitan, solamente llegando a Palas de Rei abandona la proximidad de la carretera para adentrarse en el interior.

En Palas de Rei nos tomamos un cafetín y me acerco al concello a sellar las cartillas, es tal el mono que tenemos Juan y yo del Camino y lo que nos aburre la carretera, ¿quien me lo iba a decir cuando empecé en Roncesvalles?, que quedamos con Julio en que él iba por carretera y nosotros por el camino hasta Melide y allí él arreglaba la rueda y nos veíamos en el albergue.

Nos separamos, Juan y yo tomamos el camino y Julio la carretera, el reencuentro con el camino fue maravilloso, de nuevo las pistas de tierra, las correoiras sombrías entre árboles, las murallas de piedra a los bordes del Camino, las aldeas y sobre todo la PAZ, sin coches y sin camiones, la visión de los peregrinos caminando volvía a ser gratificante.

En Melide nos reencontramos con Julio en la puerta del albergue, ya había arreglado la rueda, nos tomamos unas Coca-colas y unas barritas energéticas para seguidamente salir a toda pastilla hacia Arzua, Julio iba contento de reencontrarse con el Camino después de tres días, desde que lo dejamos el viernes en Virgen del Camino, insisto en que íbamos como motos la fuerza, la motivación, las ganas, todo acompañaba y circulábamos de tal forma que a ese paso estaríamos en Santiago a las 16:30.

Es increíble lo saturados que están los albergues en el Camino gallego, en todos los albergues por los que íbamos pasando había unas colas increíbles para coger sitio, los peregrinos madrugan mucho para hacer la etapa pronto y estar a las 11 en el albergue a coger sitio, los ciclistas ya no tenemos nada que hacer, ya que llegamos los últimos, aprovechamos más el día y ya no quedan sitios.

Paramos en Boente, en una iglesia, a sellar ya que veíamos que todo el mundo paraba, el sacerdote nos dio las gracias por hacer el camino y nos dijo que "los ciclistas éramos la alegría del camino", nos dio unas estampitas de Santiago apóstol y seguimos Camino.

Al llegar a Arzua paramos en un FROIZ a coger los bocatas, nuestros últimos bocatas en el Camino, como siempre una barra para los dos, 8 lonchas de pechuga de pavo, 8 de queso, 2 Coca-colas y los peladillos. Nos comimos los bocatas en la calle, sentados en un banco junto al albergue de Arzua. Nos vamos a tomar un café, Juan no está de muy buen humor ya que le está

martirizando el catarro que tiene, y al salir se me ocurre preguntar si paramos en el monte do Gozo, Juan responde que de parar nada de nada, que él no para más, ya que cada vez que se detiene se enfría y empeora el catarro, hasta Santiago sin detenerse para nada, dijo.

Esas palabras de Juan provocaron en mi un malentendido que me costo caro, eran las 14:30 y nos quedaban 38 Km para Santiago; podíamos llegar perfectamente a la misa del peregrino a las 18:00, de por si podíamos estar a las 16:30 pero el destino nos jugó una mala pasada el último día.

Salimos de Arzua, pronto Juan se puso a tirar con un buen ritmo, Julio se puso a su rueda, yo no quise forzar la rodilla, sin calentar antes, y mantuve un ritmo un poco más suave mientras iba cogiendo calor. Bastaron unos cuantos descensos por zonas de mucha piedra, donde yo bajaba con más precauciones, y un par de subidas para perderlos de vista. Yo seguía tan tranquilo confiado en que iban delante, los Km pasaban y no los veía, yo había salido dos veces a la carretera, por que el Camino la cruza varias veces y cambia de margen y me había extrañado que no esperaran en esos cruces, entonces apreté el paso y empecé a correr a toda pastilla, yo era consciente de ir bien ya que iba viendo las señales del camino y los mojones que cada 500 metros te dicen lo que queda a Santiago y por tanto no me sentía perdido pero no sabía lo que estaba pasando.

Después de varios Km ya me asaltó la inquietud, empecé a pensar que no podía ser que fueran delante por que si no me hubiesen esperado, pero por otro lado yo no creía que hubiera podido salirme del Camino y por tanto no los había visto retroceder por él. En el siguiente cruce en que el Camino y la carretera se juntan decidí quedarme a esperar, me senté en la cuneta y esperé durante 15 minutos, entonces vi aparecer una pareja de ciclistas y les pregunté si habían visto por atrás a mis compañeros, evidentemente los describí sobre todo el chubasquero amarillo



que Juan llevaba puesto, me dijeron que no, esto me dio lugar a pensar de nuevo que estaban por delante y cuanto más me detuviera más me retrasaría y en ese funesto momento de no saber que hacer, pensaba en retroceder pero ¿y si no servía de nada desandar lo andado?, recordé las palabras de Juan de no detenerse por nada y pensé que lo correcto era avanzar ya que ellos estarían haciendo lo mismo. Reanudé la marcha pero ya no era el mismo, aquel tiempo detenido me había enfriado, perdí la motivación y el ansia de pedalear que traía y desde ese momento me conduje por el Camino con lentitud. Cuanto más avanzaba mas dudas asaltaban mi conciencia, empecé a pensar que se hubieran

perdido, pero me tranquilizaba que iban dos y llevaban móviles, lo que para desgracia mía no llevaba yo, por que el mío lo llevaba Juan en su mochila ¡maldita circunstancia que lo hubiera arreglado todo!. Empecé a pensar que uno de ellos se hubiera caído fuera del camino, yo no sé todo lo que me pasaba por la cabeza.

Avanzaba despacio y en las subidas me bajaba siempre y las hacía andando ya que no tenía ganas de pedalear, creo que también era la esperanza de que aunque no me detuviera, avanzar por si iban delante, tampoco correr, por si iban detrás, ¡era para volverse loco!. El día iba empeorando y amenazando lluvia, hacía frío y pensé que no podía haber tenido peor final nuestra aventura.

Con estos pensamientos aquí resumidos, pero que aquel día me duraron más de dos horas de comerme el coco, llegué completamente roto al monte do Gozo, dejé la bici atada a la puerta y entré a preguntar, unos peregrinos que andaban por abajo me decían que no los habían visto, yo ya estaba desesperado no sabía que hacer por que en el Obradoiro estaban nuestras familias esperando por nosotros, si avanzaba y llegaba solo ¡vaya lío! Y si me quedaba allí y ellos estaban esperándome ¡también vaya lío!, en esto los vi aparecer por la puerta a unos 100 metros de mí, yo no sé lo que me pasó por la cabeza al verlos, pero toda la inquietud y la preocupación se desataron de golpe, me puse a gritarles que demonios habían hecho y por que me habían dejado

solo, estaba sacudido por una crisis nerviosa, ¡lo había pasado fatal!, luego ellos me dijeron que también lo pasaron fatal; que yo debía haber atajado, salido del camino y vuelto a entrar sin darme cuenta y dejado sin hacer un trozo donde ellos habían quedado esperándome y por eso yo había seguido bien las indicaciones pero no había pasado por donde estaban ellos. Habían deseado lo andado hasta pasar por un sitio donde estaban seguros de haber pasado por allí los tres y entonces también les sembraron las dudas de seguir o esperar, como tenía yo, para colmo yo iba solo y no tenía móvil y eso les tenía muy preocupados.

Juan me abrazó y yo hice lo mismo, me tranquilicé al instante por que podía más la alegría de haberlos encontrado, más bien me encontraron ellos a mí, y que estuvieran bien, que cualquier otra cosa, sentí mucho que rematáramos la faena con un disgusto como aquel pero yo creo que se nos paso en cinco minutos, sobre todo por que Julio enseguida sacó la camiseta de Asturias que la tenía reservada para entrar en Santiago con ella puesta y yo recordé que había traído también para este momento, en una bolsa precintada con cinta adhesiva para evitar que entrara agua, mi camiseta del Atlético de Madrid, la saqué y me la puse.

De esta guisa y más alegres nos lanzamos a toda pastilla hacía Santiago, ahora si que volábamos de nuevo, estábamos felices, los malos momentos ya quedaban en el pasado, solo importaba que estábamos en Santiago, a punto de entrar en la plaza del Obradoiro y de conseguir el objetivo por el que habíamos salido 8 días atrás desde Roncesvalles, en Navarra, y cruzamos todo el país en bicicleta.



Yo creo que éramos los más veloces, ni coches ni nada, gritábamos seguido ¡venga!, ¡venga! ¡ahí está! ¡llegamos! Y de repente entramos, por una esquina de la plaza, al interior del Obradoiro, levantamos los brazos y gritamos ¡lo hemos conseguido! Y dimos varias vueltas en redondo ante la atenta mirada y la sorpresa de los turistas ya que no parábamos de gritar, eran las 17:30 y ¡LO HABIAMOS CONSEGUIDO!.

Nos reunimos con nuestras familias, que nos salieron al encuentro, nos abrazamos y nos hicimos las presentaciones, nos fotografiamos delante de la catedral y nos abrazamos de nuevo.

Juan y yo, acompañados de Marisol e Isabel, fuimos a la misa del peregrino, Julio se quedó afuera con su familia, yo tenía curiosidad por ver el botafumeiro funcionando, ya que nunca lo había visto.

A la salida de la catedral nos reunimos con Julio y fuimos a la oficina del peregrino a recoger "las compostelas", nuevamente nos fotografiamos juntos, con ellas en la mano, cuando salimos a la calle.

Finalmente llego el momento de las despedidas, nos dimos un abrazo con Julio y quedamos emplazados tanto en Asturias como en Ferrol, nosotros sabemos de un amigo en Asturias y él de dos en Ferrol, ¡ha sido un gran compañero de viaje!.

Cogimos las bicis y fuimos hacía donde nuestras mujeres, que habían venido juntas, dejaron los coches, pero aún quedaba una sorpresa por venir, oímos unos gritos y al volvernos vimos venir hacía nosotros al italiano de Logroño ¡increíble! Que final para esta aventura, nos abrazamos y nos contó que había llegado



por la mañana, nos hicimos una foto de recuerdo y nos despedimos emocionados por aquel encuentro ¡hasta siempre amigo! ¡forza Italia!.



con mi familia.

CONCLUSIÓN:

No podré olvidar jamás este viaje, lo que sufrimos subiendo cuestras, cayendo de la bicicleta, pedaleando 8 horas diarias, pasando sed, etc, pero tampoco las alegrías de conseguir los objetivos, de llegar al final de esas cuestras, de levantarte de esas caídas sin daño, de llegar a los albergues al final de cada etapa, de encontrar fuentes donde llenar el bidón y sobre todo de conocer gente y situaciones sorprendentes, de ver la solidaridad del camino, del buen trato de los hospitaleros, de darte una ducha de agua caliente, de comer un bocata impresionante cada mañana, de tener tertulias con otros peregrinos ¡EN FIN! Que el Camino es el mismo para todos, siempre es el mismo recorrido, para todos son las mismas flechas y los mojones están siempre en los mismos sitios marcándolo, pero sin embargo todos vivimos un Camino diferente, el de las anécdotas que has tenido, el de la gente que has conocido, el de los sitios en que has parado y cada cual para donde lo frenan sus pies o sus pedales, el de la situaciones por las que has pasado, para nadie son iguales y eso hace que todos conozcamos un Camino diferente, pero a todos nos llena de satisfacción.

Pero yo no olvidaré nunca haberlo hecho con mi amigo Juan, sin él hubiera sido imposible hacerlo en 8 días, su fuerza, su voluntad de marcha, siempre adelante, nos hizo avanzar para conseguir esta meta de la que hoy disfrutamos por igual.

***Santiago , 13 de Septiembre de 2004
Fin del Camino***